

# ACTUALIDADES

Revista Mensual, Literaria, Instructiva, Humorística, Noticiosa

NÚMERO  
22

DIRECTORES:  
S. MARTINEZ FIGUEROA  
FRANCISCO R. GONZÁLEZ  
(Fósforo)

AÑO II

SAN SALVADOR, C. A., OCTUBRE DE 1916.



## Agustina Charvin



ESTA distinguida francesa, llegó joven a El Salvador.

Dedicó los años preciosos de la vida a la más noble tarea: al magisterio.

Con una dedicación y un contingente intelectual raro, empezó su labor. Hizo de ella un sacerdocio, creyendo en la virtud de la acción cuando ella significa desprendimiento, sacrificio y desinterés. Cultivó inteligencias como el mejor sembrador; y convencida de que el perfeccionamiento humano se debe de completar con la educación moral; aunó en dualidad admirable su actuación en los cerebros y en los corazones.

Indiscutibles y luminosas han sido sus faenas.

Muchas de nuestras figuras preclaras, de ambos sexos, tuvieron la recta dirección de esta ilustre francesa.

Allí están las selectas matronas salvadoreñas, modelos de madres, de esposas e hijas; allí nuestros mejores varones, que son reflectores de ese espíritu privilegiado.

Y la sociedad, que jamás echa al olvido a sus benefactores, ha querido hoy

simbolizar con caracteres definitivos, su aprecio y gratitud por la hoy venerable anciana.

Doña Sara de Meléndez en primera línea, y una pléyade de damas selectas, quisieron hacer la apoteosis de la maestra en un acto solemne.

Al mismo tiempo que dieron una muestra palpitante de virtud, procurando una función benéfica para los niños pobres, condecoraron a la señorita Charvin. Doña Sara de Meléndez colocó en el pecho de su antigua maestra una medalla, en nombre de las alumnas; y doña Adela de Dueñas, condensando el amor de sus condiscípulas de antes, dijo una lacónica, pero sentimental y honda allocución, en que se revela la distinción y exquisitez de dotes de la mujer cuscatleca. Bien merecida es esta significativa manifestación a una buena francesa que ha cautivado con su ejemplo y labor al pueblo; porque la expresión de los más conspicuos elementos capitolinos, es algo como una síntesis del sentir general.

«ACTUALIDADES» participando del justo regocijo, hace presente a la señorita Charvin, sus fervientes congratulaciones,



### ALOCUCION Pronunciada por la señora doña Adela de Dueñas



Venerable y amada maestra:

Vuestros discípulos que, con este justo homenaje os manifiestan su afecto perdurable, han querido que sea yo quien os dirija la palabra en su nombre.

He aceptado, maestra, porque en quererlos estoy orgullosa de no ceder el puesto, ya que no puedo decir lo mismo de mi elocuencia y talento.

Y al intentar, emocionada como estoy, el cumplimiento de mi honroso cometido, siento que mis palabras se humedecen de lágrimas, de ternura y de amor.

Es el alma que aspira reemplazar a la palabra, y su lenguaje es el silencio augusto . . .

¿No oís, maestra, el palpar de los corazones que llenan este recinto?

Son nuestras almas que rejuvenecidas por el recuerdo, vuelan a nimbear vuestra cabeza donde la plata de vuestros cabellos fulge con resplandor de gloria. Y a la sombra serena de ese resplandor de plata, ponemos en vuestro noble pecho, cerca del corazón, por mano de ilustre dama, esa medalla que es del oro de nuestros corazones agradecidos y amantes.



LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE  
MORAZÁN



Páginas inéditas de una Historia de Centro-América, escrita por el general don José Antonio Vigil.

LEGAMOS a la propia casa de Mayorga, allí estaba don Félix Espinosa, comisionado por el General Morazán para hacer la inhumación del cadáver del General Lamar, (peruano), cuyas reliquias quería enviar al Perú, y las cuales estaban en una urna, en la misma pieza donde tuvo lugar la más triste y lamentable escena. Espinosa se sorprendió al vernos llegar: el general Morazán se ocupaba de informar a todas las personas que llegaban, de los sucesos y las causas que lo habían obligado a dejar la plaza, y de los medios que se debían emplear para evitar que la población de Cartago sufriese, puesto que había sido fiel hasta en los últimos momentos. Los Generales Morazán y Villaseñor no se bajaron de sus caballos, yo lo hice para pedir a la señora de Mayorga qué comer, pues en los tres días de asedio que habíamos tenido, habíamos sufrido hambre y privaciones de todo género. La señora esposa de Mayorga, al darme lo que le pedía, me dijo: «Váyanse, váyanse». El señor Espinosa estaba en el corredor; lo interrogó sobre el motivo de atribulación de aquella señora y su insistencia en despacharnos; él me contesta, lleno de estupor: «aquí se pronunciaron anoche.» Mientras tanto el General Morazán llamaba a Mayorga, que nunca llegó. Acto continuo me dirijo a Morazán y le denuncio la noticia.—¿Quién te dice eso, me replicó?—Don Félix Espinosa.—Pues monta y vámonos. En estos momentos llegó una escolta que nos impidió salir. El General habló a los soldados, les presentó el pecho, se abrió la levita, y les decía: tiren, mátenme, quitenme la vida, pero no me entreguen a mis enemigos.» Mas el oficial y soldados no escuchaban y repetían: ¡atrás! ¡atrás! Nos desmotamos y entramos a una pieza inmediata al zaguán, dejando las bestias en los pilares del corredor. Me mandó el General Morazán a ver si podía seducir al oficial, pero por más ofrecimientos que le hacía de oro y de otras consideraciones que para él se tendrían al salvar tan importante hombre, todo fué infructuoso. Entonces me dice

el General: «¿Dónde están las bestias?»—Están, le contesté, en el corredor. Pues prepáralas y prepara también tus armas para forzar la guardia que está en la puerta de la calle. Solté bestias y alisté armas, pero en los momentos en que nos disponíamos a llevar a cabo tan valiente idea, llega el General Saravia y nos dice que dejaba en las inmediaciones de la población al General Cabañas con los restos de nuestras fuerzas. Este incidente hizo cambiar de resolución al General Morazán. Cos esta demora las bestias se retiraron a los patios y la escolta se presentó a las puertas de nuestra pieza.—Anciosos esperábamos al General Cabañas para que nos salvara cuando llegó el señor don Francisco Morazán, hijo, quien, sabedor de que estaba preso su padre, quería correr su misma suerte. Se le pregunta por Cabañas y la fuerza y él contesta que a una cuadra de aquel lugar lo detuvieron unos señores, le presentaron una mula y le dijeron que el General Morazán había pasado para Matina, dejándoles la comisión de que le entregara aquella bestia para que lo siguiera.

El General Cabañas en la misma calle se ocupó de ensillarla, recomendándoles a los mismos señores la salvación de tanto infortunado que dejaba.

A los pocos momentos llegó la fuerza que nos perseguía de San José, enfurecida porque venía de sangriento combate. Al llegar a la casa de nuestra prisión, en gran alboroto, gritaba: ¡vivan los pueblos libres! El General Villaseñor, impresionado, coje una pistola, se la pone en la cabeza, se la dispara, dando solamente fuego el tubo, toma la otra y el General Saravia y yo se la quitamos, contrariando el parecer del General Morazán que nos dijo: déjenlo, déjenlo. Luego se recostó en una cama, donde yo había estado un poco antes. Aquel cuchillito que dije en una de las páginas precedentes que a su tiempo manifestaría el servicio que prestó, se había salido de mi bolsillo: Villaseñor lo encontró y con él se dio dos profundas heridas cerca del corazón, derramando copiosa sangre.



## ACTUALIDADES

El General Morazán estaba al frente, recostado en un catre, con el carrillo izquierdo inflamado, a consecuencia de una herida de bala que recibió el último día —13— del combate. Todo el día permanecimos allí, rodeados por dos mil hombres. Con el General Saravia conversábamos poco de nuestra suerte; pasó refiriéndome su estadia en Lima, y me leyó un periódico que en aquellas tierras había editado. A las siete de la noche aparecieron unos hombres con grillos y cadenas: comenzaron por el General Morazán; enfrente estábamos con el General Saravia, presenciando tan cruel afrenta. Luego el General Saravia dijo: «Seguirá Ud. o seguiré yo,» contestándose él mismo: «seguiré yo,» dijo, y «traíganme aquel colchón, (que una familia con quien teníamos relaciones había mandado,)— póngalo frente al catre del General Morazán, tráigame los puros y el eslabón», los que estaban colocados en la mesa donde yacía la urna que contenía los restos del General Lamar. Este pedido de puros desmiente a los que han querido hacer valer que se había envenenado. Cuando empezaban a ponerle los grillos, principió a sentir convulsiones: era muy nervioso; en temprana edad había sufrido una fiebre en Guatemala, habiendo perdido con esta enfermedad el completo uso de una pierna, razón por la cual le llamaban sus desafectos el «Cojo Saravia». Tenía de 28 a 29 años, era muy ilustrado, dormía poco y se dedicaba mucho a la lectura y a escribir. El General Morazán lo apreciaba y lo distinguía como el primero, como el más importante de los hombres que lo acompañaban. Es de suponer, que aquel joven que nunca había percibido el ultraje en su persona, se debilitara al tratar de manci llársele. Luego que comenzó a estremecerse, pronunció estas palabras: «Mátenme, que siento no sé qué cosas en el alma». El General Morazán dijo que le dieran unas fricciones, porque la cabeza le pegaba a la columna vertebral. Me ocupé de esta operación con la capa del General Morazán. Luego advertí que había muerto, y se lo dije al General, a lo que contestó sorprendido: «¿Es posible? ¿Ya murió?»—No habían acabado de ponerle los grillos, cuando ya había dejado de existir. Yo me coloqué a los pies de él, para aprovechar parte del colchón. Así permanecimos toda la noche del 14 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 42.

Al día siguiente, muy temprano, —15 de Septiembre— Nos quitaron los grillos, y cuando estaban concluyendo esta operación, llegó un sacerdote anciano, y después del saludo general, se dirigió a Morazán, y con una voz profundamente notable y bañado en lágrimas le dijo: «General Morazán, vengo a ofrecerle mis servicios. Ud. dentro de poco, va a

comparecer ante el General de los Generales, ante el Príncipe de los Príncipes, ante el Héroe de los Héros».

El General Morazán le decía con su natural afabilidad: «sientese, señor», pero el anciano sacerdote, lleno de dolor y con poderoso sentimiento religioso, repetía como dije, aquellas palabras. Se nos hizo salir a don Francisco y a mi, quedando ellos solos, luego salió el sacerdote sin lágrimas y lleno de consuelo, por lo que se deduce que llenó bien su misión.

Luego nos pusieron en marcha, en medio de dos líneas; una, descubierta adelante que formaba la vanguardia, y otra a retaguardia. El General Villaseñor iba en una hamaca en estado moribundo. Toda la población de Cartago estaba consternada y algunos ancianos y niños lloraban. A las cinco de la tarde llegamos a San José. En los suburbios de la población, un oficial de apellido Benavides, con voz ronca e imperiosa, mandó echáramos pie a tierra: era de suponer que íbamos a ser despedazados por un pueblo enemigo, donde se había derramado tanta sangre por tres días y tres noches. Yo me coloqué al lado del General Morazán y al otro lado, un Jefe de El Salvador, don Esteban Pardo, con el objeto de que la escena comenzara con nosotros. Había un silencio profundo. Solamente se oían voces suaves que decían: «aquel es,» señalando al General Morazán. De repente se dejó oír una voz fuerte de un ebrio, que decía: ¡Morazán! ¡Morazán!; pero acto continuo le impusieron silencio. Se nos introdujo a un lugar que le llamaban los Almacenes, dejando afuera solamente a las dos víctimas, Morazán y Villaseñor. Un poco antes de separarnos mandó llamar Morazán a don Manuel Montealegre, quien llegó bañado en lágrimas, pero el General le dijo: «no se acongoje, el tiempo es corto, tengo que encargar a Ud. unas cosas, mi esposa e hijos, morir hoy o morir mañana es lo mismo, no perdamos el tiempo.» Luego llamaron a don Chico para que escribiera el testamento. En momentos tan solemnes un oficial llegó y le dijo: «Señor, me deja la capa?», y él le contestó: «quite de aquí, hombre imprudente.» Eran las seis de la tarde del 15 de Septiembre del año 42, cuando una lluvia de plomo le abrió las puertas de la eternidad a aquel espíritu grandioso, hermano del de Bolívar y Bonaparte. Para llevar a cabo tan espantoso crimen, entretuvieron con una comida a los principales Jefes, especialmente a los Alajuelas y varios que los habían traído de Cartago, pues el General Morazán con su astucia e inteligencia, empezaba a dominar la situación y había esperanza de que no lo asesinaran. Pero el crimen es fecundo en medios. Al salir el



## ACTUALIDADES

General Morazán para el patíbulo, don Domingo Carranza le ofreció el brazo, él le contestó: «gracias: ni me he de huir, ni me falta valor para morir.» El señor Carranza era uno de sus peores enemigos. El mismo Carranza me refirió pocos días después el hecho, admirando el valor, el carácter y la serenidad de aquel hombre. Hubo otro incidente que honra su memoria. Divisó en el tránsito a un señor Guevara, que había sido Jefe de Sección, le llamó y le dijo: «vea que no se pierdan los papeles de la cuestión inglesa, están bajo de tal carpeta.» Se ve que ni en aquel supremo lance, con el dolor de tanto amigo infortunado, sin saber de su familia, desoía aquel mártir la voz de la Patria. Al mandar las escoltas que habían de terminar su existencia, y la de Villaseñor, se despidió de este jefe, que en una silla habían conducido, diciéndole: «Adiós amigo, yo lo he traído aquí, pero dentro de poco nos volveremos a ver.»

—Apunten....Baja tú la puntería, súbela tú, señalándoles los lugares más

sensibles y mortales de Villaseñor y de él.—¡Fuego!—ordenó. Villaseñor murió al instante, ya era poca la existencia que tenía; Morazán se pone de pie y les dice: «acaben de matarme». El ágil surcó los espacios eternos. Eran las seis de la tarde del 15 de septiembre del año 42.

Toda aquella gente no encontraba palabras con que admirar la serenidad y valor con que había muerto aquel héroe. Hasta palabras impropias e indignas de un pueblo cristiano decían en honor de la víctima.

Sensible y muy sensible es ver desaparecer por la supina ignorancia y la maldad incalificables, al hombre que tanto sacrificio había hecho por su Patria, que había procurado sacarla del caos, y que sin duda alguna le habría elevado al rango de nación civilizada.

JOSÉ ANTONIO VIGIL.

—1883.—



### Añoranzas de un repatriado salvadoreño.

**P**OR poca que sea la curiosidad, cuando la prensa mundial ha anunciado algún raro fenómeno celeste y que además estará al alcance de todo aquel que quiera trasnochar algunas horas, no hay más remedio que seguir la corriente general y sacar el mejor partido posible del tiempo pasado en obligada vigilia.

Una lluvia de estrellas estaba anunciada por el sabio astrónomo X. para la noche del 13 de noviembre de 1898. Varios amigos, entre los cuales no faltaba la bella mitad del género humano, dispusimos pasar la temida noche en el muelle de Managua, al amor del escaso alumbrado de faroles de gas que entonces irradiaban todavía sus débiles reflejos sobre el entablado, irisando en las encrespadas olas sus amortiguados focos vacilantes. El lago Xolotlán, uno de los depósitos de agua dulce más pintorescos del mundo, por el espléndido marco de verdura que forman sus costas y por la capacidad de su superficie, 30 por 10 millas, besa las plantas de la capital nicaragüense, y aquella noche trágica se dilatata y removía en convulsivos oleajes

azuzados por el huracán que soplaba fuerte y tenaz, balanceando los vaporcitos «Angela» y «Progreso» atracados al muelle. Un general centroamericano, pero de sangre española y que era un cuentista feliz de no común cultura literaria, a pesar de su oficio, tenía el defecto de ser incongruente a veces, pero siempre erudito y de buen humor e instructivo; pertenecía a la benemérita Guardia Civil peninsular, y con eso está dicho que era doctor en humanidades y un cumplido ciudadano. Aquileo Gutiérrez, tipo viril de la juventud leonesa discutía por allá con Andrés Zúñiga y Urtecho, nacido éste en las cumbres de Jinotepe, lo cual no impedía que hubiese viajado por Europa y fuese a la sazón uno de los portalirras que con José Olivares y Adán Vivas exprimían el jugo de la vida parnasiana en sabrosos romances de entonación magnífica. Dos o tres amigos más, todos del círculo de «El Liberal», diario de la tarde que administraba Crisanto Sotomayor y del cual era redactor Ramón Gramajo. «El Liberal» acometía con brío al Partido His-



## ACTUALIDADES

tórico, al legítimo CACHO, que usa por divisa el color verde y tiene por principio de gobierno la oligarquía hereditaria, y le hacía anchas brechas en sus filas al infiltrar en las nuevas generaciones el espíritu de la Reforma, de la cual fueron corifeos Francisco Baca (h.), Manuel Coronel Matus, Rigoberto Cabezas, & c. Al rumor de las agitadas aguas en que parecía tremer el cielo estrellado, nuestras amigas combatían el sueño tomando sendas tazas de café negro con succulentos tamales, y los varones bautizábamos la aromática bebida del trópico agregándole del ardiente néctar de «Coyotepeque». La mujer nicaragüense se distingue por la pureza de sus costumbres y el desembarazo de su conversación; sabe guardar las espaldas del marido y habla de sus derechos como no lo hace el sexo fuerte en muchas repúblicas agobiadas bajo el peso de las tiranías y de las claudicaciones. Recordamos con simpatía a Chepita Mora, deliciosa triguena de negros ojazos y de exquisita cultura estética. En sus horas de inspiración sabía arrancar al piano magistrales arpeggios, al mismo tiempo que de su privilegiado pecho brotaba la melodía lírica como un torrente mágico de sentimiento inspirado en cosas divinas; y su conjunto físico y moral lleno de espirituales encantos armonizaba en una apoteosis de formas y de ritmos. Sarita Salvatierra hacía sentir en su chispeante conversación y amena flexibilidad mental el aguijón de su estilo cáustico y sutil, reservado sólo a los espíritus cultivados y expansivos. Virginia Rigüero, trasunto de Penthesilea, como tallada en mármol de carrara, de linfa anglosajona e hispana, lucía a la vez la riqueza venusta de sus abúrneos lineamientos y el ritmo sugestivo de su acento como de contralto. Su hermana Rita, de talle flexible como el junco de Jipijapa, talentosa y ágil, rozaba dulce-

mente los sentidos con sus hechizos in- violados; y Carmela Medal, la huri sensitiva de manos de seda aristocráticas y delicada escultura, hacía cosquillas en la sensibilidad y grababa su imagen en la retina y el espíritu con su profundo mirar y su decir discreto y elocuyente. Por último, aquí y allá varios grupitos que jugaban a las prendas y charlaban de cosas indiferentes completaban aquel cuadro que se esfumaba en la silente madrugada.

Pasaron las primeras horas avanzadas de la noche sin que en el cielo hubiera la más pequeña señal del fenómeno anunciado y llegó la madrugada sin que ocurriera ninguna novedad. Y ya cerca del amanecer, cuando los gallos prorrumpen en su clásico canto sagrado, y los campesinos de los esquilmos empezaban a invadir la ciudad dormida con sus mulos cargados de leche, se disolvió aquel grupo de amigos, llevando cada cual un recuerdo y una esperanza, y acaso alguna desesperanza en «el corazón...»

\* \* \*

Pocas horas más tarde, en la mañana del 14, el cable participaba el fenómeno ocurrido en San Salvador, invisible para muchos que se quedaron mirando al cielo estrellado de la política salvadoreña, que habían escudriñado sólo aquellos que seguían los pronósticos del tiempo en las recientes peripecias de Amapala.

Con la evolución política ocurrida en San Salvador del 13 al 14 de noviembre de 1898 hubo, realmente, una lluvia de estrellas de metal para los principales simpatizadores con la ruptura del célebre parto de los montes, precursor de la República Mayor de Centro-América, que murió nonata en el propio lecho donde había sido incubada prematura y enclenque.

CARLOS URRUTIA F.

San Salvador, Octubre de 1916.



### La leyenda de Sagenfeld



I

EL actual distrito de Sagenfeld era hace mil años un reino pequeñito, un reino de juguete. No turbaban su paz los odios, las envidias ni las guerras tan comunes y frecuentes en aquella remota y belicosa época, porque sus pobladores eran pacíficos e incapaces de hacer daño a nadie y gozaba siempre de un sosiego profundo, de un descanso ideal, porque el orgullo, la maldad, las desgracias y los crímenes no se daban en el interior de sus fronteras.

Al cabo de un largo y venturoso reinado, murió el Monarca que regía aquel dichoso país y subió al trono su hijo Huberto, el cual era tan bueno, tan sencillo y tan noble, que el amor que las gentes le profesaban se convirtió en pasión, casi en idolatría. Los astrólogos leyeron en las estrellas su porvenir y descubrieron en aquel libro maravilloso la siguiente profecía:

«Cuando Huberto cumpla los catorce años ocurrirá un suceso importantísimo. El animal cuyo canto resuena con mayor dulzura en los oídos del Rey le salvará



## ACTUALIDADES

la vida, y mientras su casta sea honrada en el reino, la antigua dinastía no carecerá de herederos, ni las guerras, peses y miserias se aposentarán en el país. ¡Evitad toda elección falsa!»

Aquella profecía causó profunda sensación, y a medida que se aproximaba la fatídica fecha, iba convirtiéndose en tema exclusivo de las conversaciones. ¿Cómo había que interpretarla? Según las primeras frases del misterioso documento, el animal que debía salvar al Rey se presentaría sin necesidad de que le buscasen y en el preciso momento en que hiciera falta; pero la última frase indicaba, sin dejar lugar a dudas, que el Rey debía elegir antes y decir qué cantor le placía más. La salvación de la dinastía y del pueblo dependía de que su elección fuese acertada. Respecto a este asunto se formularon en Sagenfeld tantas opiniones como habitantes; pero la mayoría de los sabios era de parecer que el Rey debía escoger por adelantado, y cuanto antes mejor. Dictóse, pues, una Real orden, en cuya virtud todos los que poseían animales cantores debían presentarse en compañía de ellos en la sala más grande del real palacio el día 10 de enero del décimoaño de la vida del Monarca. Cumplióse al pie de la letra, y cuando todo estuvo dispuesto para la ceremonia, se presentó el Rey, vestido con los ornamentos reales y seguido de los altos funcionarios palatinos en traje de gala. Apenas se hubo sentado el Rey, exclamó:

—Los animales cantan todos al mismo tiempo: ¿Cómo voy a elegir el que más me gusta? Que se los lleven y los traigan uno a uno.

Uno tras otro deleitaron los oídos del Rey los alados cantores. Volaron los minutos. La elección resultaba difícil, sobre todo pensando en la pena que iba a acompañarla si era desafortunada. El Rey dudaba de lo que oía, sentíase presa de gran agitación, y las preocupaciones que le embargaban se reflejaron en su rostro. Los ministros, que le miraban fijamente, dijeron para sus adentros: ¡Se acabó, perdidos estamos!

Una hora permaneció el Rey sumido en profundas meditaciones. De pronto exclamó:

—¡Que traigan nuevamente al mirlo!

El mirlo lanzó sus trinos más agudos y complicados. Ya iba el Rey a levantar el cetro para indicar que su elección estaba hecha, cuando se detuvo, y dijo:

—Es preciso tener seguridad. Que traigan al chorrillo y que cante en competencia con el mirlo.

Las dos aves recrearon el oído del Rey con melodías sublimes, y pronto se notó que Huberto se había decidido por fin. La esperanza renació en los co-

razones, los ministros respiraron, el cetro se levantó lentamente, cuando... ocurrió un incidente deplorable. Oyóse en la puerta de la sala un ruido análogo a un estentóreo *i...a, i...a, i...a*. Los presentes palidieron y se esforzaron en ocultar el espanto que aquella interrupción les producía.

Una niña aldeana, de unos nueve años de edad, preciosa y delicada como una flor silvestre, entró en el regio salón con el entusiasmo más sincero pintado en el semblante. Al ver aquella majestuosa asamblea y al notar la cólera que reflejaban las caras de tan nobles señores, la niña se detuvo, bajó la cabeza y ocultó su arbolado y gentil semblante en el toco delantal. Nadie le dió la bienvenida: nadie se compadeció de ella. Algo repuesta de su primera impresión, paseó la mirada por la sala, secó sus lágrimas y dijo con voz trémula:

—Señor Rey: perdonadme si me atrevo a presentarme ante vos. No tengo padre ni madre; mis únicos bienes son una cabra y un asno; ellos son mi felicidad y mi orgullo. La cabra me da una leche dulcísima, y mi asno me deleita con sonoros rebuznos. El bufón de Vuestra Majestad me ha dicho que el animal que mejor cante salvará la patria, me aconsejó que trajese a mi asno, y heme aquí....

La corte entera, desde el más alto hasta el más bajo, soltó la carcajada, y la niña, avergozada y temerosa, huyó lo más deprisa que pudo. El primer ministro ordenó con la mayor reserva que la expulsasen del palacio y le prohibiesen terminantemente la entrada en el mismo, y la ceremonia continuó. Los pájaros rivales hicieron lo indecible; pero el cetro no se movió, y la esperanza fué poco a poco extinguiéndose en el corazón de los presentes. Veloces transcurrieron las horas. A la mañana siguió la tarde y a la tarde el anochecer. La muchedumbre estacionada ante los balcones de palacio se perecía de miedo y zozobra. Las sombras fueron espesándose; en la regia sala el Rey no distinguía ya a sus cortesanos; reinaba un profundo silencio. La prueba se había verificado con lastimoso éxito, y lo que todos deseaban era ocultar en las tinieblas el miedo que se reflejaba en las caras después de haberse aposentado en el alma.

De pronto, en medio de la obscuridad y del silencio, se oyó un cántico magnífico, una melodía celestial; el ruiseñor cantaba.

—¡Arriba los corazones!—exclamó el Rey.—Mandad que repiquen las campanas para que el pueblo sepa que ya hemos elegido el cantor y que nuestra elección es acertada. El país se ha salvado. De aquí en adelante el ruiseñor será herrero por los siglos de los siglos. Anunciad a



## ACTUALIDADES

nuestros súbditos que todo el que se permita matar o hacer el menor daño a un ruiñeñor, morirá en la horca. ¡He dicho!

Entonces todos dieron muestras de la más ruidosa alegría. El palacio y la ciudad lucieron aquella noche luminarias espléndidas; repicaron a todo vuelo las campanas, y en las calles y en las plazas hubo canciones, músicas, bailes y fuentes de vino que llevaron a su colmo el alborozo público. El ruiñeñor fué desde aquel instante un ave sagrada; los pintores, los escultores y los poetas le tributaron el homenaje del arte, y su figura adornó las columnas de los edificios, las torres de las iglesias y las fuentes públicas. El Rey le nombró de su Consejo, y diz que nunca tomó resolución alguna sin consultarla con él, interpretando cuidadosamente sus arpados y melodiosos trinos.

### II

No todo ha de ser felicidad en este mundo. Un día de verano salió el Rey de palacio escoltado por un lucido séquito de gentiles hombres provistos de perros y de halcones. Iban de caza. Al cruzar un tenebroso bosque, se alejó el Monarca de su acompañamiento, y queriendo alcanzarlo se lanzó al trote de su corcel por la primera senda que se ofreció a su vista. No debía ser la más apropiada, pues cabalgó una hora y luego otra, sin hallar a sus gentiles hombres ni a sus perros. La noche le sorprendió perdido en un paraje solitario y salvaje. Llegó la hora de la catástrofe... A la luz mortecina del crepúsculo se vió en medio de un espeso zarzal, y queriendo salir de él rodó a un precipicio oculto entre la maleza. El caballo quedó muerto, y el Rey con una pierna rota, solo y sin poder valerse. Las horas le parecían años; su oído recogía atento los menores ruidos; pero en vano, porque sólo interrumpían el silencio los poéticos rumores de la selva; hasta él no llegaban los ladridos de los perros, ni los toques de los cuernos de caza. Comprendió que estaba perdido, y exclamó:

—¡Puesto que ha de venir la muerte, que venga pronto!

En esto se oyó, en medio de medroso silencio, el canto dulcísimo de un ruiñeñor.

—¡Salvado!—gritó el Rey.—¡Estoy salvado! ¡Es el ave sagrada, es el cumplimiento de la profecía! Los dioses me guiaron para elegirla...

Su júbilo era inmenso, y no tenía palabras con que expresarlo. Creyó oír los presurosos pasos de sus salvadores... pero no; el auxilio no parecía por ninguna parte, y las horas transcurrieron lentamente mientras el ruiñeñor, impávido, cantaba. El Rey sospechó que la elección que había hecho no era buena.

Al clarear el día suspendió su canto el ruiñeñor; llegó la mañana y con ella

el hambre y la sed, pero no el auxilio. Pasó el día y tornó la noche. De repente resonó en la enramada el canto del mirlo, y dijo el Rey:

—Este era el pájaro que debí elegir; los salvadores tardarán poco.

Pero no llegaron, y el Rey perdió el conocimiento. Al volver en sí cantaba otro pájaro.

—Esos animales no pueden salvarme,—dijo el Rey;—mi pueblo y yo pereceremos.

Y se recostó para aguardar la muerte, que le hacían desear sus tormentos. Debíó permanecer mucho tiempo sin pensar ni sentir, porque al abrir los ojos alborreaba la tercera mañana. ¡Qué hermoso le pareció todo al Rey en aquel despertar de la naturaleza! El amor a la vida era cada vez más fuerte, y dirigió al cielo apasionadas plegarias. Entonces creyó percibir un rumor lajano, débil, pero qué grato... *I...a, i...a, i...a.*

—¡Esa voz! ¡Oh! esa voz—exclamó el Rey—es más armoniosa que la del ruiñeñor, porque, no sólo infunde esperanzas, sino que promete salvación... El sagrado cantor de la profecía se ha presentado él mismo, y mi casa y mi reino se han salvado. De aquí en adelante el asno será objeto de los mayores homenajes!

La voz que tan deliciosa parecía al Rey fué acercándose, haciéndose más sonora, más ruidosa, y el que la profería bajó hasta el fondo del barranco, no sin detenerse para arrancar sabrosas matas de hierba. El cadáver del caballo y el trágico aspecto del Rey debieron producirle gran admiración, pues se quedó embozado contemplándolos. Huberto le pasó la mano por el hocico y el asno se arrodilló como solía hacerlo para que su ama le montase. Con gran trabajo se subió el Rey sobre el lomo, agarrándose de las orejas, y el dócil animal le llevó a la cabaña de la joven campesina, la cual le cedió su lecho, le dió a beber leche y salió en busca de los desesperados palaciegos.

El Rey sanó de su pierna, y cuentan que su primer acto de gobierno fué proclamar la santidad e inviolabilidad del asno, nombrarle consejero suyo y mandar substituir con su imagen la del ruiñeñor que en todas partes se veía. Luego manifestó que era su voluntad casarse con la leñadora, y lo hizo.

Esto reza la antigua leyenda de Sagenfeld. Su contenido explica por qué los ruinosos muros, torres y columnas de aquella ciudad ostentan la figura de un asno; por qué durante más de un siglo ocupó un asno puestos eminentísimos, y poesías de aquel reino que hasta nosotros han llegado, comienzan con las significativas sílabas: *I...a, i...a, i...a.*

MARK TWAIN.





# Cosas de la Juventud



**B**RILLANTE y valiosa como el mejor tesoro, la juventud flota como los amaneceres.

El futuro se nos presenta como una mariposa que quisiéramos aprisionar. Buscamos quimeras, jugando con los peligros como si viéramos en ellos los mejores amigos.

Aquí apoyamos la planta en un principio sin pensar en el peligro, porque tendemos la mirada hacia lo alto; en cada mirada quisiéramos arrebatarnos de los cielos estrellas que nos dijeran la intimidad de sus brillos, sus amores con los luceros, como si fueran parejas de rosas y pajes.... Por los caminos la voz de las cosas que lloran su pesadumbre, nos dicen al oído los cantos que agonizan como ancianos que tuvieran conciencia de la muerte vecina; el rayo de sol, se nos antoja una hebra de vida, una concesión de la ley de la conservación de los mundos que se condensa en el sol que deja caer de sus lagrimales, la potencia vivificadora a lo que parece yacer en estado latente.

Cada torbellino que se cierne, parece la voz de un buen padre de familia: sus tentativas de borrar lo que está con firmeza, es algo como un deseo de quitar lo supérfluo; lo que los espíritus tranquilos y serenos ven necesario y que la imaginación de los novicios, abundosa en riquezas celestes, quiere con indiferencia.

Todos los bienes perdidos dejan pequeñas cicatrices saneadas con el agua de rosa de las sensaciones nuevas que con facilidad se asimilan; allá en los

mares, buscamos las fabulosas mentiras de sirenas, como en los libros, las soñaciones de los poetas sentimentales, el amor nos abraza con tentáculos de diamante, al sentir el incendio de unos ojos de imán que nos llevan a su polaridad máxima, que son los coloquios que nos abren de par en par la entrada a los paraísos deliciosos. Cada palabra de la señora del Toboso, se desliza en el alma cual un racimo de uvas, como un canto de turpiales encerrado en una caja de triunfos a la que la mano de las confidencias aplica su llave de simpatías.

Abejas inofensivas, picamos sin malicia al prójimo que es buey manso; porque la risa saludable, el epigrama dulce, son tan necesarios y espontáneos como el fruto en el árbol.

Aquellos temperamentos que se anticipan a la vejez; aquellos hombres con «canas negras», nos parecen anacronismos; ejemplares que muy bien quedarían en los museos, para ser clasificados por los estudiosos y normales; son vegetales en que la sabia no circula, en que el viento no gusta de rimar sus dísticos, ni los menesterosos pueden saciar su hambre y sus ansiedades recreativas...

¿Son locuras? Bien. Pero es un don del alma inquieta que busca en los años de comienzo, chorros de goce, renovaciones constantes, fulgores incandescentes y aire oxigenado que mantenga la existencia en primavera plena.

CARLOS MENÉNDEZ CASTRO

San Salvador, 26 de octubre de 1916



## PLEGARIA



Escucha ¡oh Dios piadoso! la plegaria ferviente que vengo a dirigirte postrada ante tu altar, y deja que a tus plantas mi corazón doliente arroje como ofrenda, y que pueda llorar . . . !

Llorar quiero, Dios mío. Soy pobre penitente que ansia con su llanto sus pecados lavar; Tú, misericordioso, pon tu mano en mi frente y permíteme que pueda levantarme ya en paz.

Quiero seguir tus huellas, más caigo vacilante bajo el enorme peso de mi fragilidad, empero, si tu mano me tiendes, al instante confortarás mi espíritu y podré caminar.

Soy la oveja perdida que al redil vuelve ahora en busca de las dulces caricias del Pastor; el lobo temerario me acechó en mala hora y, huyendo de sus garras, me rompí el corazón....

Y vengo a tí, causada, a beber de la fuente que mana tu costado y eterna vida da; «Jesús, de David hijo» permíteme clemente que siquier de tu nanto pueda el borde besar!

MERCEDES QUINTERO

San Salvador, octubre de 1916.



Duelo de  
"La Prensa"



**Doña Pilar v. de Dutriz**

El 21 del corriente dejó de existir, en esta ciudad, la virtuosa madre de nuestros amigos, muy estimados, Ernestina, Carlos, Antonio y José Dutriz. «ACTUALIDADES» consagra un recuerdo a aquella noble y generosa matrona que murió consciente de su hermosa misión cumplida sobre la tierra. Aún conservan los jardines de esta capital las huellas de tantas y tantas manos cariñosas que cortaron flores para su tumba.





# Doña Lucila Lemus de Córdova



LA Sociedad salvadoreña, y particularmente los amigos íntimos de las familias Córdova y Lemus, han batido las palmas del entusiasmo al saberse el acto civil y religioso que acaba de verificarse en la ciudad de Santa Ana consagrando un nuevo hogar. La elegida del Dr. Córdova para reina de su corazón, merece compartir con el talentoso y meritisimo caballero los triunfos y honores que un Gobierno culto y una sociedad semerática tributan al verdadero mérito y la virtud resplandeciente. Es doña Lucila de Córdova merecedora de su halagüeña suerte y de las generales simpatías por sus propias brillantes

prendas personales de cultura y belleza, por la prueba de positivo talento de que ha dado muestras en la elección de compañero inseparable y por la distinguida estirpe de su cuna, pues su padre figuraba con alto relieve en la historia del país y es padre político de la sucesión del ilustre General Baraona.

Los directores de «ACTUALIDADES», al dedicar esta página a la digna esposa del Dr. Córdova, felicitando a la distinguida pareja por la realización de sus sueños de ventura, cree interpretar el sentimiento de la buena sociedad salvadoreña rendiendo pleito homenaje a la virtud y la belleza.



El Dr.  
Enrique Córdova



**R**EUNE en su fisonomía interior, revestida con la modestia del ciudadano civil, tres de las cualidades fundamentales que transforman al individuo en hombre, en el sentido filosófico y positivo de la palabra: ilustración, carácter y ecuanimidad. A pesar de que no ha llegado al zenit de la vida, el actual Ministro de la Guerra puede ostentar con la cabeza muy alta, singulares triunfos en su honrosa carrera pública. Diplomático y Secretario de Estado sucesivamente, su actual posición en uno de los gobiernos más sólidos y honorables que

registra nuestra historia política, ha conquistado la cima por el propio peso de sus relevantes méritos morales e intelectuales y de sus notorias prendas sociales. Faltaba a su compleja figura pública el prestigio y la fuerza positiva de una perfecta vinculación con la sociedad que lo ha elevado y lo alienta en la cúspide: carecía de hogar propio que hiciera solidaria su obra esforzada con los representantes de la familia salvadoreña. Hoy ya puede ufanarse su digna compañera de llevar el apellido de un completo hombre civil y de un perfecto caballero.



# Libro Azul de El Salvador

**A**BUNDANTES fuentes de inspiración para la literatura informativa son las Repúblicas Centroamericanas, y en ellas mucho se holgarían los observadores. El Salvador, la más pequeña de las cinco, no es, por cierto, la menos copiosa, y esto lo saben bien los editores del LIBRO AZUL, por lo cual han realizado su labor con sumo agrado.

Sin embargo, hasta la fecha pocos se han provisto en tan bellas fuentes, y por lo tanto al ofrecer al público el LIBRO AZUL, creemos prestar un servicio considerable a todo el mundo ansioso de conocimientos. El objeto de este libro, como el de los otros de la serie, es atraer la atención universal hacia los recursos y los atractivos del país; presentarle en forma, lo más conciso posible, algunos de los hechos más patentes de su vida, de modo que el lector obtenga una apreciación más comprensiva del pueblo salvadoreño, de sus actividades y carácter y demostrar su progreso y los valientes pasos que lleva dados en su marcha hacia las enhiestas cumbres de la ciudadanía y de la moderna civilización.

Con motivo, sin duda, de sus condiciones locales, El Salvador es una comunidad esencialmente agrícola. Y el hecho de que sus intereses agrícolas descansen sobre bases bien sólidas, es sin duda, la causa muy feliz de que durante los presentes tiempos que no podían ser más calamitosos en el mundo entero, El Salvador haya seguido avanzando con toda tranquilidad, sin graves trastornos y salvando siempre difíciles obstáculos.

Para el capitalista y el empresario, este libro servirá para darle a conocer los hombres prominentes y será guía en el estudio de los asuntos industriales del país, del cual le proporciona un diseño general muy aproximado.



L. A. WARD.

Para el turista, ofrece la perspectiva de nuevos lugares de excursión y recreo, dándole a conocer cosas que invitan a ser vistas, por lo histórico y lo pintoresco.

Para el pueblo de El Salvador, —Jardín de las Américas— como se ha llamado justamente al trópico, — también será útil, pues además de ponerlo en contacto más íntimo con los otros pueblos, le recordará algunos de los maravillosos recursos de que dispone que acaso no tenga tan presentes como debiera.

La consecución de estos propósitos, retribuirá endemasia al Editor, quien, durante el lapso que lleva de tratar a los ciudadanos de este país, ha llegado a conocer y es-

timar sus cualidades generosas y su espíritu dominante de pueblo amante y celoso de sus libertades.

El buen éxito de esa obra ha sido posible sólo como resultado de la cortesía y la ayuda de muchas personas que en ella se han interesado amigablemente, de fijo por su afán de apoyar cuanto pueda contribuir al progreso y bienestar de sus compatriotas. Vayan a esas personas votos efusivos de reconocimiento.

Vaya también muy profunda gratitud al señor doctor don David J. Guzmán, por su eficaz empeño en la recolección de los datos aquí contenidos, y por la fina labor de su pluma tan hábil como bien dispuesta, que produjo muchas de estas páginas.

La buena acogida y la hospitalidad mostradas por el cordial pueblo salvadoreño, serán siempre un recuerdo como un tesoro, y el tiempo y la distancia no conseguirán sino hacerlo más y más valioso e imperecedero.

L. A. WARD.



Páginas Humorísticas.  
**Recuerdos de la  
 vida bohemia**



**N**OS habíamos dado cita con el Negro Lagos para las nueve de la mañana, en el Parque de Morazán.

Y ahí lo encontré, a la hora convenida, tumbado sobre un banco del paseo, de cara al sol, leyendo tranquilamente una novela Tolstoy.

No quise turbar de un modo brusco la plácida quietud del gran bohemio, y me detuve, con recogimiento musulmán, a contemplarlo largamente, como en un éxtasis.

Yo sentía por el Negro Lagos un modo de respeto supersticioso, sin duda por aquel su sable legendario que no sufría mella ni aún cuando daba contra las rocas de la avaricia.

El Parque de Morazán era su feudo: en aquel paseo se hallaba el escritor como en su casa, y en el banco de piedra que le servía de lecho, estirábase pública y espasmódicamente, como en su propia cama.

Y pensé: este Negro Lagos es muchas cosas buenas en el mundo, entre otras, un risueño caballero de la libertad; y es su mejor ejecutoria que todo lo que él es, lo es en broma, que es como todo debiera ser, para que no tuviera uno que tomarse el trabajo de llorar de cuando en cuando.

Y seguí pensando: en ese pétreo lecho, que es todo lo contrario de lo suave y lo muelle, los huesos de mi amigo hallan reposo envidiable, más no su espíritu. ¡Oh espíritu inquieto, alma trágicamente dolorida, no lograrás convencerme de que la risa es un bálsamo... del Perú.

Y como si en aquel instante hubiese llegado mi pensamiento, por vía indirecta, a hacer vibrar el alma canneamente sentada del Negro Lagos, este, extendiendo un brazo, hizo ademán de agarrar algo, probablemente una copa, más como al punto se diese cuenta de que no se hallaba a la sazón en café alguno sino a diez pasos de la más bulliciosa calle de San Salvador, incorporóse besotezando, metióse a Tolstoy en el bolsillo, y se dispuso a partir.

Juzgué entonces que era ese el momento oportuno para presentarle mis respetos. Y salí a su encuentro.

Al verme hizo un gesto de sorpresa.

—Hola Fósforo! Creí que no vendrías ya! Y luego, bajando la voz:

—Traes dinero?

Sonreí con una sonrisa que distaba mucho de ser angelical, y respondí, después de exhalar un hondo suspiro y de palparme uno a uno, todos los bolsillos, por vía de investigación:

—Desgraciadamente, amigo mío, he dejado olvidado todo cuanto poseo, en mi chaleco gris.

El Negro exclamó consternado:

—Siempre creí que ese maldito chaleco gris me daría un disgusto cualquier día.

Y añadió suplicante:

—Quémallo al llegar a tu cuarto.

El Negro Lagos era un poco supersticioso, a pesar de su claro talento y de su nada común ilustración, y me convenció de que era necesario quemar el chaleco, con argumentos que habrían hecho honor a los acusadores de Juana de Arco.

Yo le prometí que no sólo procedería lo más pronto posible a la incineración de aquella prenda maldita, sino que sus cenizas serían arrojadas al viento. Y comenzamos a caminar, el uno al lado del otro, lentamente, cabizbajos, como si fuésemos en un entierro.

Al pasar frente al Café Nacional, el Negro Lagos se apretó el estómago, ocupió algo así como una perla, y me dijo:

—Tengo una sed horrible, y es lo peor que el médico me ha prohibido el agua.

Procuré consolarlo:

—No es eso lo peor, amigo mío: lo peor habría sido que tu médico te prohibiera el wiskey, el coñac, el champán el ajeno, el ron de Jamaica, el anís del mono, la ginebra, el vermouth, el....

—No prosigas la lista de venenos!—exclamó Lagos tapándose la boca con el pañuelo, y escupió otra perla.

Porque, en verdad os digo que yo no sé qué misteriosas congelaciones se producían en el cielo de la boca de aquel terrible escritor, pero es lo cierto que cuando tardaba mucho tiempo en humedecer la lengua con algo que no fuera la vulgar y detestable agua del río, escupía unas bolitas que a mí me parecían perlas, pero que un boticario sagaz les habría hallado semejanza con las píldoras azucaradas de Bristol.

Lagos continuó:



## ACTUALIDADES

—Desgraciadamente es ley del mundo que hasta para envenenarse uno, se necesita dinero.

—O, por lo menos, crédito, insinué mirando al cielo. Lagos replicó:

—Yo le tengo, ilimitado, no sólo aquí en San Salvador, sino en toda la América Central, y hasta me atrevería a afirmar que en todos los países de habla española; pero una voz interior, que tal vez sea la voz de la conciencia, me manda hoy por hoy tener piedad de esas almas arcangélicas que en la tierra se llaman Jeremías, Porth, Bengoa, Segnini, y tantas otras ¡tantas otras! en cuyos libros de entradas y salidas figuro yo como una sombra que entra y que sale constantemente, pero que, sombra al fin, se desvanece cuando le presentan la cuenta, y de su aparición no queda más que un vago, un borroso recuerdo.

—A mal tiempo —exclamé—la piedad penetró en tu corazón, amigo mío. En fin, me resigno a ser yo quien quede debiendo esta vez.

Y ya estábamos con un pie en la entrada principal del Gran Café, cuando detrás de nosotros se oyó una voz regocijada, que decía:

—Qué feliz casualidad! A falta de un humorista Dios me proporciona dos. Alto ahí, amigos míos; hoy es mi día de días y ansío celebrarlo en la grata compañía de ustedes.

—¡Don Lucio!—exclamó por lo bajo el Negro Lagos—Nos hemos salvado.

Y luego poseído de una loca alegría:

—Bienvenido sea el príncipe de los poetas del barrio de la Vegal

—Del barrio de Concepción!—rectifiqué estrechando la mano del recién llegado.

A tan inusitada salutación don Lucio no pudo menos de corresponder en estos términos:

Puesto que, a lo que veo, es la moda reinante entre intelectuales, prodigarse el título de príncipe, séame a mi permitido saludar a ustedes de esta suerte: salud, príncipes del verde y del opalino!

—Qué quiere usted decirnos con eso?—pregunté sorprendido.

Don Lucio sonrió con todas sus arrugas y dijo:

—La respuesta, en el interior del Café. Pasemos adelante.

No bien nos habíamos sentado, cuando don Lucio, dando discretas palmaditas sobre el frío e insonoro mármol de la mesa, ordenó:

—Mozo! Para los señores, un verde y un opalino, y para mí, una disolución de topacios atravesada por un rayo desol.

El mozo se quedó perplejo. Si hubiera sido de temperamento más sanguíneo, cae con un ataque de apoplejía: no tenía ni noticia de que tales cosas existiesen en el mundo de las bebidas espirituosas.

Don Lucio aclaró, compasivo y con lentitud:

—Quiero decir que traigas un pepermin, un ajeno y un jerez, este último con un chisquetito de agua de sifón.

No registra la historia de la bohemia salvadoreña un gesto más hermoso que ese de don Lucio, convertido aquel día en un nabab de novela.

Sin ponerme de pie, pero declamando como en el teatro, le dirigí a don Lucio la palabra, así:

—Poeta! Cómo pudiste averiguar nuestros gustos y aficiones? Qué hada vino en tu auxilio en el momento supremo de pedir las copas? Quién pudo decirte que mi amigo Lagos corre tras el ajeno como tras de la luz la mariposa? Cómo pudiste saber que el pepermin es delicia perenne de mi democrático paladar?

Don Lucio entusiasmado, respondió:

—Esto se debe a que desde hace algún tiempo me vengo dedicando a observar las peculiaridades de nuestros intelectuales.

—Por Dios, don Lucio—dijo el Negro Lagos—no abusemos tanto de eso de intelectuales: vea que muy pronto no va a querer decir nada semejante apelativo, si es que hoy ya algo quiere decir. Y esto no soy yo quien lo dice sino un verdadero hombre de letras, cuyo nombre no recuerdo por ahora.

—Es indudable—arguyó don Lucio—que el contacto espiritual de Erazo y otros poetas de su elevada talla, ha sido la causa primordial de que mi léxico se haya enriquecido en estos últimos días con vocablos nuevos, así como si dijéramos de la última moda de París.

Oí que al Negro Lagos le rechinaban los dientes.

Don Lucio prosiguió:

—Confieso que allá en mis floridos días literarios no existía esa palabra «intelectual», y hasta estoy por creer que fué Rubén quien la inventó el año de ochenta y nueve, cuando yo lo conocí aquí, en San Salvador. Rubén ha hecho torerías: él fue quien introdujo la seda en la poesía, por me dio de aquel su «Blasón» que anda de boca en boca. Desde entonces la pierden las mujeres hermosas es de seda: de seda son sus ojos y su pelo; de seda es el cielo azul y el lago y la corriente; la tarde allá en el horizonte tiene su tálamo de seda; de seda es la lumbre del sol y de la luna; de seda son los besos y los suspiros y los abrazos. Tiemblo cuando me doy a pensar que Rubén quiera poner de moda la lana o el algodón. Y qué me dicen ustedes de los vocablos «melancolía» «epifanía» «saudades» «princesita», y otros muchos a los cuales nadie antes de ahora les hacía caso y que en la actualidad no hay poetín que



## ACTUALIDADES

no los tenga a la mano como materia prima para hacer sonetos? Rubén es el introductor de todas esas curiosidades, y Dios le perdone todo el mal que le ha hecho su genio a la juventud que quiere imitarlo.

Nuevas palmaditas de don Lucio y el mozo trae precipitadamente más pepermín, más ajeno, más jerez.

Y dió principio aquella sabrosa plática en la que don Lucio nos refirió cómo sus versos habían llegado en alas del correo hasta el estudio de flamenarín, hasta el propio Vaticano!

Con su erudición nada exígua, pasó revista a todos los poetas presentes y futuros, viniendo a parar, irremediablemente, en Rubén Darío.

La charla de don Lucio se iba haciendo interesante y lo dejámbos hablar procurando interrumpirle lo menos posible. Tomó aliento y dijo:

—Y a propósito de Rubén, dícenme que su vida no se prolongará demasiado; que se le están hincharo las extremidades inferiores; que sufre de vahídos; que está agotado, en una palabra, que no tarda dos años sin morir.

—Dos años!—suspiró el Negro Lagos, y apuró su copa de ajeno.

—Sería una lástima—prosiguió don Lucio—porque no me negarán ustedes que Rubén nos ha vuelto rmniosos, literariamente hablando. Antes de Rubén todas las composiciones poéticas tenían el mismo sonsonete. La verdad es que se necesitaba ser poeta para hacer versos, o por lo menos ser versificador para saber medirlos, pero con haber roto Rubén los viejos moldes de la retórica y de la poética, todos pueden hoy escribir versos sin ser poetas, y versificar sin haber estudiado retórica, ¡qué digo! sin saber leer ni escribir. El modo literario de Rubén ha sembrado el pánico, naturalmente, en el parnaso; no por lo que sea capaz de hacer y deshacer el gran lírico de Nicaragua, sino por lo que harán sus imitadores, después de muerto. A esos que los aguanten el diablo. Salud!

Don Lucio apuró su copa de jerez, y luego exclamó:

—Tengo para mí que los versos no suenan lo mismo en América que en Europa. Rubén así lo ha comprendido, y como es un consumado prestidigitador de la rima, les ha dado a los parisienses endecasílabos castellanos disfrazados de alejandrinos franceses, tal así como los franceses nos dan a nosotros a beber vino español con etiquetas de Francia. En vista del buen resultado de tales mistificaciones, una buena parte de los llamados lirófobos celestes centroamericanos se han dado a la ímproba tarea de estirar y encoger endecasílabos para producir alejandrinos con más pies que cabeza y

muchas veces sin lo uno y sin lo otro. Oh, mis tiempos del pie quebrado!... Salud!

—Salud!

—Salud!

Después de apurar hasta la última gota, el Negro Lagos preguntó:

—Y qué acontecimientos cree usted, mi dulce bardo, que sobrevendrán con la muerte inevitable de Rubén Darío?

—En primer lugar, a los treinta o cuarenta mil jóvenes que actualmente se dedican a escribir malos versos en todas las cantinas de las Repúblicas centro y suramericanas, ese luctuoso suceso les vendrá como de perlas para echarle cada cual, al ilustre muerto, su chorrito de poesía, en forma de alejandrinos franceses. De todos estos chorritos se formarán lagos parciales, y de todos estos lagos un mar inmenso surgirá, por el que se podrá ver cuan grandes trastornos mentales pudo determinar el fallcimiento de aquel hombre célebre en esta bella región del nuevo mundo.

Es inquietante lo que don Lucio nos anuncia—dijo el Negro Lagos sacudiéndome el hombro con todas las fuerzas que le había comunicado el licor opalino—pero es más inquietante todavía la cuenta que dentro de breves momentos nos pasará el administrador del Café.

—No se inquieten ustedes—dijo don Lucio sacando la cartera para pagar—nunca he sido tacaño por fortuna.

Una idea terrible nos asaltó en aquel momento histórico: don Lucio, al pagar la cuenta se marcharía, dejándonos sumidos en una especie de orfandad luctuosa y fatídica; así fué que con un rápido movimiento sujetamos el brazo del poeta, procurando no estropearle la lira, por supuesto, y lo excitamos a que continuase con el uso de la palabra. Es tan bella la vida cuando estamos ante un vaso de líquidas esmeraldas, junto a un poeta que paga!

—Repito que no soy tacaño—dijo don Lucio repantigándose satisfecho—y mucho menos cuando estoy entre literatos y poetas. Saben ustedes cuándo he pasado los más agradables ratos de mi vida? Pues fué durante los días que precedieron a la aparición de mi libro de versos «Brisas del Pacífico». La verdad es que las erogaciones que hube de hacer tocan los límites de lo increíble, pero las verifiqué rebosante de júbilo porque el desprendimiento es virtud de la gente de letras. Desde que circuló la noticia de que yo me proponía publicar un libro de versos, tiempo me faltó para recibir la visita de innumerables poetas y críticos de todos los rangos que venían a ofrecérseme para escribir el prólogo respectivo. No eran ellos partidarios del verde y el opalino: aquellos paladares no se avenían con lo dulce y lo sobroso:



## ACTUALIDADES

aquellas narices no toleraban aromas: eran más clásicos en el consumir, por decirlo así: nada de odiosas mescolanzas: del alambique al gazzate, era su lema.

Sonaron las doce.

A una señal de don Lucio, el mozo se aproximó y presentó la cuenta.

Nuestro anfitrión, sonriente como todos los anfitriones, pagó, y como si nada hubiese sucedido, se guardó la cartera ya vacía.

Reiterármole nuestras felicitaciones.

Luego, sin más ni más, se puso de pie y nos tendió la mano.

Y se marchó.

El Negro Lagos lo siguió con la mirada vaga.

Cuando quedamos solos noté que de los ojos del humorista nacional, se desprendían dos lágrimas como dos faroles.

Me hubiera echado a reír con toda mi alma, pero el respeto que siempre me ha inspirado el dolor de las personas alegres, pudo más que las cosquillas que pudiese hacerme cierto diablillo impertinente que tengo alojado muy dentro del espíritu.

Me conformé, pues, con preguntarle cuál era la causa de su pena, y me respondió con este alejandrino francés disfrazado de petenera:

—Dicen que no se siente  
la despedida...?

Dile al que te lo ha dicho  
que se despiere.

Y llevándose el pañuelo a los labios, se puso a meditar, de codos sobre el mármol de la mesa desierta.

FÓSFORO.



# EL MALVIS



ENTRE las mezquinas construcciones del barrio de la Judería, destacábase una espaciosa, bien encalada, alta, con volado balconcillo, lleno de cajas de claveles reventones y plantas floridas.

Era la del judío David, negociante en joyas, telas y pieles, y el pensil lo cuidaba su hija Séfora, que solía asomarse para regar, y para colgar al sol la jaula de un malvis, el ruiseñor de aquella comarca.

Aunque tan activo traficante, desmentía David las características del hebreo avariento y sórdido. Sus estancias lucían mobiliario más rico que el del conde de Lemos, señor de la ciudad. Su mano se abría frecuentemente para la limosna. Hasta a los mendigos cristianos socorría. Su rostro no era el de nariz corva y boca astuta de los fariseos, sino una faz grave y bella con ahorquillada barba rizo-sa.

Dentro de su hogar, David ocultaba, o por lo menos callaba sus buenas obras, cuando en cristianos recaían, porque su esposa, Raquel, profesaba a los cristianos odio de muerte, acrecentado por la había de notar que ni su marido ni su hija compartían tal furor, acentuado como una monomanía. Era una mujer que había sido muy hermosa, de ojos sombríos, rejas pobladas, labios que había estrechado y secado la cólera, y biliosa tez. Frecuentemente tomaba de la leñera dos palitos, los cruzaba, los ataba, y arrojándolos al suelo, se complacía en escucharlos y pisarlos repetidamente.

Cuando Séfora presenciaba estos ultrajes, su lindo rostro, delicado y pálido, se entristecía. Ella no podía creer que los cristianos fuesen todos malvados y réprobos. Tenía secretamente, una amiga cristiana, la hija de un panadero que vivía al lado de la iglesia conventual de Santa María, y vendía sus hornadas a los frailes. Oculta la amistad como un delito, era más íntima aún: buscaban ardidés para reunirse, y se contaban esas naderías que lisonjean a la gente joven; cómo se afila una sarta de corales, lo bien que cantaba el malvis, sobre todo en las noches claras, estrelladas o lunares. Muchas veces oía Séfora, bajando la cabeza y callando las discusiones de su padre y de su madre, pues no siempre lograba David evitarlas con su prudencia.

—¿Has olvidado, hombre sin fé,—gritaba la matrona,—cómo ahorcó el conde de Lemos a nuestro cormano Simeón?

—Simeón acuñó moneda falsa,—contestaba David,—y eso es un grave delito, que la ley castiga con la muerte.

—Hizo bien en falsificar la moneda de los perros, contra los cuales todo es lícito,—replicaba vibrante de ira Raquel.

—Mujer,—advertía el negociante,—los hijos de Dios no deben entre sí, llamarse perros ni decirse *raca*. Hombres somos todos, los cristianos como los judíos, y todos pecamos ante la presencia del Señor. Ya te he dicho una vez que Rabí Jesús, enseñó cosas verdaderas. Para que nos perdonen, hay que perdonar.



## ACTUALIDADES

—A Rabi Jesús, el impostor, si volviese al mundo, debieran crucificarle otra vez,—rugió Raquel, con luz siniestra en la mirada.

Séfora, sin alternar en la disputa, guardaba en su corazón las palabras de su padre. Salía éste, la siguiente mañana, a un viaje corto, para vender por los castillos circunvecinos sus mercancías preciosas, entre las cuales, no sin indignación de Raquel, iban rosarios de oro y misales encuadrados en piel arábica y, acompañando Séfora hasta fuera del pueblo al traficante, conversaron, libres de la vigilancia de Raquel.

—Mi amiguita cristiana es muy buena,—afirmaba Séfora.—¿Por qué dice mi madre que todos los cristianos son lobos, canes y buitres?

—Séfora,—respondió el hebreo,—ese odio que tu madre se complace en cultivar, y que a su vez nos profesan muchos cristianos, será nuestra perdición. No: lo ha sido ya. Por obra de ese odio feroz, vagamos sin patria y aislados como leprosos, donde quiera que nos lleva el destino. Tu madre me aflije, me envenena el pan, con la maldición incesante colgada de los labios. Lejos de condenar a los cristianos, ya que entre ellos vivimos, debemos hacer lo posible para unirnos a ellos, para hermanar nuestras almas. Oye un secreto, hija,—articuló bajando la voz, aún cuando el arriero, con la reata de mulas cargadas de fardos, caminaba muy adelante.—Esos odios son propios de gente baja. Nuestro Rabi piensa como yo, aunque no lo dice, por temor a que lo apedreen. Y, ¡esto importa mucho, Séfora! Atiende un consejo que voy a darte: ¡Guárdate de tu madre! ¡Es capaz... quién sabe de qué! Yo estaré de vuelta el sábado próximo.

La ausencia del padre coincidía con la Semana Santa. Raquel, que evitaba las fiestas de los cristianos, todos los días, desde la mañana salía a vigilar algunos trabajos agrícolas en una granja que poseían allí cerca. Séfora quedaba al cuidado de la casa, con orden expresa de no abandonarla un momento. Y la niña obedeció, hasta el Miércoles Santo, en que un deseo impetuoso agitó su espíritu, como agita el viento las parvas en la era.

Quería asistir a las ceremonias religiosas en honor de Rabi Jesús. Quería saber cómo era su culto, cómo narraban en el templo su historia, su martirio. Y fué a pedir a su amiga, la panadera, ropa humilde de cristiana.

Vistióse la doncella israelita en casa de su amiga, y ambas penetraron en la iglesia conventual, colocándose al pie del presbiterio. Iban a comenzar los oficios.

Séfora, fascinada, miraba el retablo, recientemente colocado, resplandeciente, con sus dorados nuevos, flamígeros, y sus frescas pinturas, obra de lo que hoy

llamamos un primitivo,—pues esta historia es contemporánea del arte que enseñaron los Van Dyck.—Allí estaba en las tablas primorosas, Rabi Jesús, en todas las escenas de su vida terrenal: en brazos de su madre, en la gloria de las Palmas, en la senda de la Cruz, en el patíbulo, y por último, dulce y pensativo, triunfador, con el cabello partido en bucles, los ojos abismales, y entre dos dedos de la alzada, bendicidora mano, la blanca Hostia...

El relato de la Pasión empezaba. Era la traición de Judas, las palabras de Isaías: «Decid a la hija de Sión que su Salvador viene»... Y la ruina de Jerusalén, y el relato de la celebración de la Pascua, y la oferta del Cuerpo y de la Sangre, y luego, la hora de agonía en el Huerto, y el Prendimiento sellado con el beso de traición, y los azotes, y el escarnio; Séfora, extática, bebía el amargor celeste del drama, antes para ella ignoto. Ansiosamente, suplicó a su amiga que, por la tarde, volviesen al Oficio de Tinieblas.

Y como lo hubiese obtenido, los Salmos cayeron sobre su alma, los Salmos que ya conocía, pero cuyo sentido creía ahora entender por primera vez. Las lamentaciones y trenos arrancaron de sus ojos lágrimas puras. Medio desvanecida de emoción, tuvo su amiga que sacarla de la iglesia, vestirla otra vez y acompañarla hasta su casa.

En el zaguán esperaba a Séfora la sierva de su madre, la vieja Sara, alborotada, haciendo aspavientos.

—¿Dónde eras ida, hija Séfora? Te busqué por todas partes, cordera mía. ¿Y qué diré a Raquel cuando me pregunte?

Séfora hizo un gesto de indiferencia, entró y fue derecha al balcón; necesitaba aire. La noche había caído, las flores oían a miel. El malvis, al primer resplandor de la saliente luna, empezó a gorgear. El corazón de Séfora se colmaba, como un cuenco donde el vino aromado de las granadas rebosa. Toda la plenitud de la savia primaveral hinchaba sus venas, y cada trino del pájaro aumentaba su ideal delirio. Sentía que amaba: que el amor, por fin, la vencía deliciosamente. Y fué necesario que Sara la llamase a gritos para que se apartase de aquel alto balcón, que tan lejos estaba de la tierra y tan próximo al cielo bañado de opalina luz...

La mañana del Sábado de Gloria volvió Séfora a la encrucijada a esperar a su padre. Cuando le vió asomar, apoyado en su báculo, al modo de los antiguos patriarcas, se echó a su cuello y declaró con ardiente voz que suplicaba:

—Padre, tengo que confesarte lo que sucede. Perdóname, no lo he sabido remediar. He ido al templo de los cristianos en estos días, y he visto el retrato de Rabi Jesús. ¡Tiene tu misma cara! Es más joven, pero semejanza mayor no cabe.



## ACTUALIDADES

Callaba el negociante, sorprendido, hasta que al fin prorrumpió:

—Hija mía, no extrañes eso. Rabi Jesúa descendió directamente del rey David, y yo... yo, pobre traficante... lo mismo. Por eso los varones de nuestra familia se han llamado siempre David. De nuestra casta esperamos que nazca el Mesías prometido.

—Pues bien, padre, has de saber que amo a Rabi Jesúa...

—¡Pobre niña! Hace siglos que Rabi ha muerto, víctima de los odios,—respondió el israelita sencillamente.

—Muchas vírgenes—contestó ella,—se reúnen para amarle en solitarios monasterios, cerrados a las miradas profanas. ¡Así lo haré yo!

—¡Reflexiónalo, Séfora! Sobre todo, que tu madre no lo sospeche.

—No me importa. Siento un valor, una fuerza terrible que me impulsa. Yo misma se lo confesaré.

No hubo que confesarlo. La noticia de la «conversión» se había esparcido por el pueblo. Al llegar a su casa, el rostro lívido de la madre hizo comprender a la hija que Sara, indiscreta, había hablado. Raquel, sin embargo, no abrió la boca. Con manos trémulas lavó los pies a su marido y los enjugó, desciñéndose la toalla ceñida al tallo. Después le sirvió la

cena. Hacía un lunar argentado y el aire traía por el abierto balcón auras de flor de saúco y brezo. Séfora se asomó.

Cantaba dulcemente el malvis, y la niña pensaba en la felicidad de amar siempre a Rabi Jesúa entre las paredes blancas del retiro, después de recibir en la frente el agua jordánica, que redime... Le amaría cada vez más. Le amaría por su cruz, por sus clavos, por la cárdena brecha de su costado, por las espinas desgarradoras de su blanca frente... Moriría amándole y luego subiría hasta besar sus pies talarados, llevando la mirada de su amor en un cáliz, como una ofrenda... Y se reclinaba escuchando al pájaro misterioso...

Un vértigo nubló de improviso los ojos de la soñadora. Sintió como si en su cabeza entrase una enorme tromba de aire que la asfixiaba. Aún oyó, en aquel supremo trance, el último y romántico arpegio del ruiseñor del Sil... Luego, nada: su cuerpo rebotó sobre los guijarros de la calle.

Y la tradición asegura que baranda y balaustres habían sido aserrados por la mano implacable del mismo odio que crucificó a Rabi Jesúa.

EMILIA PARDO BAZÁN.

JUANITA MARTIN



EL ULTIMO WALS

(Que obtuvo, después de un brillante examen, el título de Profesora, en el Colegio del Sagrado Corazón, el 6 de noviembre de 1916.)



Alta de porte y de gentil belleza  
y adolescente aún. Por tu elegancia  
dijérase una flor que el aire besa  
para impregnarse de sutil fragancia.

\*\*\*

El sol, cuando aureoliza tu cabeza  
y en tus pupilas su fulgor escancia,  
sentirá la nostálgica tristeza  
que inspira una beldad del sur de Francia.

\*\*\*

Y la luna, que copia tu escultura  
silueteando tu clásica hermosura  
como de un poema provenzal,

\*\*\*

Soñará, contemplando tu figura,  
en aquella romántica dulzura  
de la dulce Mireya de Mistral.

PRÍNCIPE DE AZUR.

En el vasto salón, en giro alado,  
las luces, al quebrarse en mil reflejos  
sobre el terso cristal de los espejos,  
bañan tu busto blanco y satinado.

Suena el último wals. Cerca, a tu lado,  
echo al olvido mis pesares viejos...  
Las parejas se pierden, a lo lejos,  
entre el ritmo del baile entusiasmado

¡Qué alegre wals! Sus notas cristalinas,  
se desgranán brillantes y ruidosas,  
al fulgor de las luces diamantinas.

Resuenan carcajadas armoniosas,  
y cuando a hablarme sobre mí te inclinas,  
siento el hálito dulce de las rosas.

VICENTE ACOSTA.





# Se cambian los papeles



**H**ARTO sabido es que las tertulias en casa de don Ponce Carpio, aunque no eran muy concurridas pero tampoco eran muy frecuentes; sin embargo, allí se reunía lo' mejorcito de lo peorcito de los jóvenes trasnochadores de la población.

Don Ponce habitaba una de las mejores casas de la vecindad de Villacantor y con él convivían su mujer doña Casimira Mata de Carpio y sus tres hijas Consuelo, Angustias y Dolores, que eran tres reales hembras, aunque no por bellas porque más parecían ranas panza arriba que vestales, sino porque eran hembras de reales, es decir futuras herederas del buenote de don Ponce.

La mayor, Consuelo, era la antítesis personificada, porque no servía ni para un frito ni para un fregado; Angustias, la que le seguía en edad se le adelantaba en astucia y melosidad, pues Angustias no tenía de angustias más que el extravagante nombre que la madrina de ella se empeñó en ponerle, sin duda para recordar las que la pobrecita de su madre pasó al tiempo del desenclaustramiento, y Dolores, la menor y última de aquel venturoso matrimonio, por la misma razón, quizá, llevaba semejante nombre aunque más poético y más común.

Don Ponce desde que salió diputado, allá por los últimos años del siglo pasado, se quedó acostumbrado a menear la cabeza en señal de asentimiento o de aprobación, de manera que cuando doña Casimira le decía, por ejemplo:

—Ponce, vas a ir a donde la Carmen Irigoyen a encargar para el próximo sábado cincuenta "principes leoneses".

El exdiputado sólo meneaba la testa y el día señalado, los principes leoneses llegaban con un expreso, calientitos y bien ataditos, despidiendo uno lor capaz de abrir el apetito al más desganado.

No se vaya a creer por eso, es decir, por lo de la obediencia poncina, que doña Casimira abusaba de la bondad de su marido; no, en el gobierno interno y aún externo del hogar,—porque desde que don Ponce disfrutó la honra de ocupar la curul en el congreso de marras, ella era la que llevaba la voz de mando, sin ir más allá de la ley, (vulgo prudencia), —siempre tuvo el tino necesario para hacer su gusto sin disgusto de su consorte.

Y ya que nos ha tocado hablar de este célebre matrimonio, porque el asunto de nuestra labor así lo requiere, asistamos a una de las famosas tertulias en casa de don Ponce.

Una de las comadres de la vecindad afirma que un brujo de la misma, le ha dicho que con dar tres vueltas de gato hacia atrás, dos hacia adelante y una en el mismo punto en que se halle, y santiguarse la coronilla, después de haber masticado y tragado un pedazo de carne cruda de gato escaldado y matado en viernes, se consigue penetrar en cualquier habitación sin ser visto y aún cuando las puertas y ventanas estén herméticamente cerradas y aseguradas.

Pero como con el poder que la suerte ha otorgado a los que escriben para el público, no se necesitan volteretas, santiguallas ni carnes de gato escaldado para llegar y entrar en cualquier habitación, vamos, querido lector, a casa de don Ponce, entremos resueltamente por donde todos los invitados están entrando y coloquémonos entre dos jamonas que han perdido de vista a sus respectivas hijas y se hallan haciendo comentarios nada favorables de la fiesta desde sus comienzos.

En tales momentos y en tales apuros doña Casimira parece una lanzadera, yendo y viniendo, entrando y saliendo, prodigando por todas partes sonrisas, miradas y hasta piropos. Eso de parecerse a una lanzadera, no se crea que se ha dicho porque ella es delgada y corrediza, al contrario, es más gruesa que un pilar de la hermosa Catedral de San Salvador y más pesada que el pago de la contribución sobre la renta; pero la necesidad de atender lo mejor posible a los convidados la hacía moverse de un punto a otro con mucha más facilidad que lo hicieran voluntariamente las bestias del tranvía y con más ligereza de lo que camina el despacho de un asunto judicial.

Consuelo se halla precisamente desconsolando a tres zoquetes que han jurado apoderarse de los reales que a ella indudablemente le tocarán de dote y que les llegarían pegados a la certificación civil del enlace también civil.

Angustias anda angustiada de cólera detrás de su novio que le ha dado calabazas con otra, no se sabe si adrede o porque ya está aburrido de hacer el oso



## ACTUALIDADES

con las Angustias del ex diputado, y Dolores se halla en serio apuro entre dos convidados necios, que le exigen a la vez el primer *one step* que ejecuten.

En cuanto a don Ponce está hablando de política y, sobre todo, de la política de su tiempo, con uno de sus compadres, quien dice que no pierde la esperanza de llegar a ser diputado, para demostrar sus capacidades mentales siquiera sea en lo de no menear la cabeza al tiempo que interroguen sobre la aprobación de algún decreto y también para redactar bien el recibo de las dietas.

En el punto en que estamos colocados dominamos perfectamente todas las fases de la tertulia, que se compone de números de música ejecutados al piano con acompañamiento de flauta y violín, lectura de versos de los mejores poetas decadentes del país, charla chocarrera y baile. A la hora conveniente todos se sientan en sus respectivos puestos a devorar con ansia inaudita los infelices "principes leoneses" preparados expresamente para el caso por la famosa Irigoyen en San Salvador,

Pasado aquel acto de barbarie, vuelven al saloncito entre risas y chacotas.

Dejemos a los jóvenes que alegres y satisfechos se entreguen a las delicias del baile, no nos detengamos junto a los que, baraja en mano, apuestan granitos de maíz o palitos de fósforo al tute o a la básiga, ni al rededor de los viejos que saboreando sendos vasos de cerveza de La Constancia, hablan del impuesto directo sobre la renta, de la guerra europea o de las rebajas hechas por los padres conscriptos en el último Presupuesto, y acerquémonos a un circulito de jamonas y viejas, solteras unas, casadas otras y viudas las demás, que más satisfechas que un chino en día de vendimia, se hallan dispuestas a la broma.

—¡Que nos cuente un cuento doña Casimira!—dijeron unas.

—¡Que recite un verso!—dijeron otras.

—Una adivinanza!

—Una bomba!

—¡Jesús! que mujeres Dios Santo! contestó doña Casimira hinchada de orgullo por verse más aclamada que un candidato sin partido, voy a darles gusto, contándoles un cuento que no es cuento sino...

—¡Pero que no sea una lata como las de José Garrick, acertó a decir una, que sin duda ha leído algo de "Naderías".

—Cálmese, pues, si no, me trago el cuento con un vaso de vino encima.

Hubo un silencio momentáneo. Todas callaron.

Conseguido ésto, doña Casimira comenzó su cuento de esta manera:

—Pues han de estar ustedes que mi madre, que en paz descanse...

—¡Amén!

—Nos contaba a menudo una historia que cada vez que la recuerdo se me ponen los pelos de punta.

—¿Será cosa de brujería?

—Algo, así...

—Vamos, cuéntenos eso.

—Sí, cuéntalo, Casimira.

—Cuéntalo—agregaron las demás.

—Pues a eso voy.

Doña Casimira tomó alientos, paseó la vista por todos lados, acercó más su asiento a los de las demás, se afirmó bien en él, se arregló la falda y comenzó su relato así:

—Pues verán; como les iba diciendo, contaba mi madre que había en la vecindad un señor de nombre y apellido Liborio Mejía; pero no vayan ustedes a creer que se trata de aquel célebre prócer colombiano que le han erigido un busto en Rionegro y que le celebran fiesta todos los años para el cinco de julio, no señoras, este Liborio Mejía de que les voy a hablar era un rústico en apariencias pero en el fondo un hombre inteligente con más mañas que Pedro Urdemalaz, vivía como un anacoreta, enmontañado, sin dejarse ver de nadie.

—¡Madre Santísima!

—¡El Verbo divino!

—Mañana viernes!

—¡Já, ja! Si estamos a sábado, niña, ¿cómo quieres que mañana sea viernes?

—¡Qué sencilla te haces!, ¿no sabes, acaso, que así se dice cada vez que se habla de brujerías?

—Bien, bien! A callar todas, de lo contrario páro de contar,—dijo doña Casimira.

Silencio sepulcral.

—Pues bien, don Liborio había llegado a convertirse en un consumado naturalista en fuerza de tanto estrujar hojas, de molar raíces y de hacer pomadas, infusiones y aceites. Y es el caso que también había en la vecindad un matrimonio compuesto del marido que llevaba a cuentas ochenta años, la esposa que lo iba taceando con los setenta y nueve, tres hijos mayores de edad todos, y quienes a su vez tenían seis hijos también, dos cada uno, que ya pasaban (los nietos) de los diez años. Todos vivían juntos, padres, hijos y nietos.

Un día que la abuelita salió al campo en compañía de uno de sus nietecitos, andando, andando, sin sentir y sin querer, llegaron a la cabaña del señor Liborio a quien sorprendieron afanado removiendo en un mortero de barro cocido, una sustancia gelatinosa y amarillenta. El señor Liborio al ver a la viejecita y al niño, suspendió inmediatamente su trabajo, ocultó el mortero en un cajón que tenía al alcance y limpiándose los dedos con el delantal de reforma que llevaba puesto, se dirigió a la puerta de la cabaña, con intención, quizá, de impedir la entrada a los intrusos.



## ACTUALIDADES

—¿Qué desean ustedes?, — preguntó.

—Muy buenas tardes, señor,—dijo la abuelita sin contestar la pregunta del de la cabaña.

—Buenas tardes, señora, usted dirá en qué le puedo ser útil.

—Andamos de paseo y como el ejercicio me agita demasiado, solamente agradecería a usted que nos diese posadita para un momento de reposo.

—Siéntese usted.

El señor Liborio brindó un asiento a la anciana y él ocupó otro a regular distancia.

—¿Hace mucho tiempo que vive usted aquí?

—Cerca de veinte años.

—Y...

—Vivo solo y no consiento compañía alguna.

La abuelita sonrió porque no era aquello lo que iba a preguntar, pero a la vez pensó en retirarse pronto, no sin antes lanzar una mirada escudriñadora por todos los ámbitos de la cabaña, ¡cosas de las mujeres!

De las paredes pendían clavos grandes en los que estaban colgadas varias retortas de vidrio, algunos instrumentos y útiles de los que ocupan los nigrománticos, los químicos y los naturalistas. Sobre las tablas mugrientas de un estante esquinero se veían vasos y botes de vidrio con viñetas y con sustancias líquidas unas y sólidas otras, de diferentes colores; en el centro de la habitación estaba una mesa en forma de mostrador y sobre la superficie algunos botecitos, unos cuantos tarros de barro, unas botellas, y varios papeles; detrás del mostrador un banquito hecho de un trozo de árbol con tres patas de madera sin labrar. En uno de los rincones un jergón, sobre un cajoncito de pino un candelero de lata pintada, con cabito de vela y una cajita de fósforos. En la pared un cuadro representando a San Nicodemos y un crucifijo encima, lo que demostraba qué clase de sentimientos abrigaba en su corazón el de la cabaña.

Un bramante colgado del dintel de la puerta evitaba las miradas indiscretas de las personas que por casualidad llegasen hasta la cabaña. Cuando la abuelita y el niño inesperadamente llegaron, el bramante se hallaba recogido de un lado para dar paso a la luz de que necesitaba en abundancia el señor Liborio.

Pasados unos instantes, la abuelita se levantó, dió las gracias al hombre y se retiró llevando al nietecito de la mano y pensando en quién podría ser aquel sujeto raro que vivía solo y en tales condiciones, rehuendo la compañía de sus semejantes.

Cuando llegó a su casa, dejó al niño en poder de sus padres y sin decir palabra

se fue en dirección de la casa de otra contemporánea de ella y comadre por más señas.

—Has de estar Ruperta,—la dijo al verla y después de las saluciones de costumbre,—que esta tarde, paseando con Miguelín, mi nietecito, llegamos sin saber cómo, a donde nunca habíamos llegado y he tropezado, ¿con quién dirás?

—Con don Liborio.

—¿Cómo?, ¿Liborio has dicho?, ¿caso conoces tú a ese señor?

—Sí, mujer, don Liborio Mejía, el brujo, mañana viernes.

—¡Jesús, María y José! ¡el gran poder de Dios!

—¿Y qué diablos fuiste a hacer donde él?

—Nada, deseaba descansar y le pedi permiso....

—Y te lo concedió?

—Un momentito, pero dijo casi al instante, que él no permitía compañía alguna; eso me decidió a retirarme pronto, y ahora que ya me pasó el susto, dime ¿cómo le has conocido tú?

—Sencillamente, una casualidad como la tuya. Hará cosa de cinco años que un pariente lejano de mi difunto marido, es decir digo lejano porque vive a muchísimas leguas de aquí, traído por la novedad de que en estas tierras se hallaba un célebre naturalista que había logrado desentrañar las prodigiosas virtudes curativas de todas las plantas, hierbas y raíces, quiso que él le examinase y le diese alguna medicina eficaz para un mal muy feo de que venía padeciendo desde que lo maltrataron a machetazos en una riña que tuvo cuando lo hicieron vocal de un club eleccionario....

—¿Y lo curó?

—Verás: vino el pariente, que como queda dicho, estaba enfermo; y como entonces vivía mi marido, los dos salieron en busca del tal curandero misterioso del que nadie tiene noticias por estos contornos. Trabajo les costó dar con él, pero al fin le hallaron. Varias veces fue el pariente a visitarlo y en las últimas me llevaron para que yo también diese fe de lo que el tal médico hacía. El pariente de mi marido regresó a su casa cargado de botes y pomadas y en vías de curación; y desde entonces somos conocidos con don Liborio quien me ha suplicado que no cuente nada; a tí te lo he dicho todo porque eres tú, pero de ahí a nadie he contado nada y te suplico que guardes el secreto.

—¿Y qué es lo que hace en su cabaña ese señor, él sólo?

—Pues no te lo he dicho? estudiar las virtudes de las plantas; ayer fui a dejarle unos viveres que él me había recomendado y me dijo que estaba acabando de preparar una nueva sustancia tan maravillosa, que él mismo se había sorprendido



## ACTUALIDADES

de haber dado con ella; se trata nada menos que de una pomada que untada al rededor del ombligo, por la noche, a la mañana siguiente la persona ha obtenido un retroceso en la vida como de diez años, es decir, que rejuvenece considerablemente...

—Dime niña, ¿por qué ha de untarse en el ombligo?

—Yo no sé... pero él así me lo indicó, y si la pomada se unta no sólo en el ombligo sino que detrás de las orejas, en la coronilla y en las plantas de los pies, el efecto es magistralmente sorprendente porque la persona casi regresa al estado de niñez, ¿qué tal?

La abuelita se quedó pasmada y no era para menos semejante noticia, si se tiene presente que ella, a su edad, contaba por miles las arrugas y el cansancio de su cuerpo no era nada halagador; ¡y pensar que había un remedio poderoso que con tanta prontitud borraba esos grandes defectos y esas graves dolencias! Pasados los primeros momentos la abuelita replicó en tono de duda:

—Tú te estás chanceando.

—No, hija, ¡qué me voy a estar chanceando, si yo he traído un bote de la famosa pomada para untarme esta misma noche al meterme en cama! Ya verás!

La comadre se levantó, fue al interior y trajo consigo un bote de vidrio de los mismos en que viene la harina lacteada, lleno hasta el tapón, de la consabida célebre pomada.

—Aquí esta, con esto tengo para recuperar mi juventud.

La abuelita que, cual otra Eva, había sido tentada por la serpiente de la curiosidad y por la víbora del deseo, pensó en apoderarse del pomo que contenía la sustancia maravillosa; entró en tratos con la comadre y acabó por adquirir a buen precio la pomada a condición de mantener el secreto.

Contenta la abuelita con aquel tesoro regresó a casa, ya entrada la noche, llevando el bote oculto entre los pliegues de su mantón negro.

Cuando todos estaban ya recogidos en sus respectivos lechos y no había temor de que nadie lo notase, la abuelita que no tenía nada de egoísta y que aun sentía en su corazón gran cantidad de amor por

su viejo compañero, se levantó y en puntillas se dirigió a la la cama de su Adán, es decir, de su marido, que dormía como un lirón y roncaba como un bendito. Le embadurnó todo con la pomada, y no sólo le untó en las partes mencionadas sino que en otras no mencionadas ni que es preciso mencionar porque el lector se las imaginará seguramente. Hecha la operación en su querido consorte, quien si lo sintió no protestó porque seguramente le gustaron los sobijos, se fue a su cama y desocupó el resto del bote, untándoselo afanosamente por todas las partes de su cuerpo la dichosa pomada.

Media hora después todo el mundo en casa de aquellos moradores estaba tranquilo...

Y como doña Casimira hiciera una pausa para descansar, las del corrillo, ansiosas por saber el resultado de la untura, no consintieron mucho tiempo aquella pausa y la interrogaron de esta manera:

—¿Y qué hubo al fin?

—¿Se rejuvenecieron los viejos?

—¿O no hubo nada?

—Pues señoras, dijo doña Casimira, con cierta cómica entonación de voz, a la mañana siguiente ocurrió la gran novedad del siglo; admirense ustedes! en vez de dos ancianos, los hijos y los nietos encontraron en las camas del abuelito y de la abuelita a dos criaturitas recién nacidas a quienes solamente lograron callar poniéndoles a cada uno su biberón en la boquita para que chupasen leche con agua de call!

Una carcajada se dejó oír en todos los ámbitos del saloncito, y los invitados que no estaban al tanto, contagiados por la hilaridad de las del círculo, se acercaron en momentos en que doña Casimira en pie, trataba de estimular más la risa diciendo:

—Y lo más divertido del caso fue que los nietos se convirtieron en niños de sus propios abuelos, a quienes tuvieron que extraer las espinillas con un baño de agua tibia e infusión de güistomate y después enmaletarlos para que no se fuesen a hacer cascorvos.

Así, más o menos, terminaban las veladas en casa del exdiputado.

A. RAMIREZ PEÑA.

San Salvador, Septiembre de 1916.



## ACTUALIDADES



# Una toga que hoy resplandece



Vidal S. López.

**D**IGAMOS la verdad sin perifrasis. Tenemos una excepción singular en que la investidura doctoral, en vez de mancillarse, se ha dignificado.

Un modelo de mentalidad llegó a la cima de sus voliciones. Después de ser pesado por un Tribunal todo capacidad, dió término a su trayectoria de vencedor, como un buen soldado, como un legionario romano, vigoroso y tenaz.

La mejor pauta que con orgullo puede decir que sintetizó su labor escolar, fue aquella lacónica, pero honda frase: *¡O hallo un camino o me lo abro!*

Ha hecho de la vida un canto, una oda suprema a la energía; ha probado que el destino se amamanta en los pechos de la voluntad; que es producto del empuje, algo que se crea cuando se quiere.

Fue un ignorado, y hoy es un esplendor que se impone. A la garra inmisericorde de la adversidad, dió por respuesta el aletazo de águila que inicia el ascenso; a la flecha insidiosa contestó con el apretón de una mano amplia y generosa como su corazón saturado de optimismo.

Con faz serena y jovial, le hemos visto hacer frente a la negativa de la fortuna.

Cada golpe que ella le infirió, fué un motivo de actuar con más eficacia, un crecimiento de esfuerzos.

Admiro estos temperamentos inflexibles, estas almas bravas que desmelenan dificultades como el hacha manejada por mano potente a las selvas...

Modesto a pesar de su maderamen ciclópeo, jamás ha ostentado la riqueza de su mina cerebral; y en estos momentos de crisis, en que los puritanos del deber se hunden, cuando el proscenio es la nada, la intemperie y el rigor, ha sabido mantenerse en la fila de la dignidad.

Su gajo triunfal es el lógico corolario de una mente en que se ha vaciado la luz a chorros, y del esfuerzo máximo.

Que coseche el buen sembrador el trigo que se ha sabido preparar; que este domeñador de rebeldías del azar, sea imitado por muchos nautas que pueden aprovechar la corriente con apariencias hostiles.

CARLOS MENENDEZ CASTRO.

San Salvador, 11 de noviembre de 1916.



## Pensamientos



**D**ANTE nos cuenta que «en medio del camino de la vida se halló de pronto en una selva oscura». Kant dice que dormía, soñando que la vida era belleza; despertó, y vió que la vida es deber. A todos nos ha llegado el momento de tan solemne despertar. La vida es cruel y bella.

Los griegos fueron grandes poetas de la naturaleza. A la sombra de los laureles o de las hayas se recreaban en el canto de la cigarra, con los murmullos del bosque, con la majestad del paisaje; lanzaban al viento los tremulantes sonidos de su avena, y vivían la vida sana y ágil del hombre libre, que se siente hijo de la madre Gea. Quisieron dar a cada cosa un alma, encerrar en cada objeto un símbolo, y para representar el alma múltiple del bosque, lo llenaron de faunos, de sátiros, de ninfas, de driadas;

crearon, en fin, un mundo de visiones y sonidos, convirtieron al Eco en una ninfa y a Filomena en ruiseñor.....

La disonancia existe en la naturaleza por el mismo exceso de armonía que hay en ella. Cada grupo de seres y de cosas constituye en sí una armonía que vibra al unísono, con embriagadora seducción. Al confundirse distintas armonías surge la disonancia, y es preciso que todas se fundan en el crisol inmenso de la naturaleza para que vuelvan a adquirir unidad y fuerza. La naturaleza está llena de sonidos que constantemente se transforman y unifican en la alquimia de los contrastes. Por eso, los grandes compositores que han sabido copiar la naturaleza, llámense Wagner o Grieg, han sabido hacer uso sapiente y hábil de las disonancias.

MAX. HENRIQUEZ UREÑA.



## ACTUALIDADES



# CLOTO

Por Abraham Ramírez Peña

(Prólogo de la edición de Barcelona  
cuyos primeros ejemplares acaban de llegar a El Salvador



ESCRITOR político de altos vuelos y autor de varias obras que la crítica de su patria acogió con general aplauso que repercutió en el extranjero, Abraham Ramírez Peña es conocidísimo en América, especialmente en las Repúblicas del Centro, donde ha popularizado su seudónimo de *José Garrik*,

Descendiente de acaudalada familia española, que descolló en las esferas oficiales desde la época de la primera independencia política de El Salvador, el joven diplomático centroamericano alternaba desde la niñez sus estudios científicos con el cultivo de las letras, y dióse a conocer con una serie de artículos políticos y literarios, publicados en diversos periódicos y revistas, que coleccionó después en un tomo intitulado *Naderías*, impreso en los talleres nacionales.

En el año 1895, cuando sólo contaba diez y seis de edad, el señor Ramírez obtuvo un empleo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y en 1908 el Gobierno del general Figueroa le confirió el cargo de Oficial Mayor de dicho departamento, en el cual continúa prestando sus servicios al país a satisfacción del Gobierno y con gran contento de sus subordinados.

El Ateneo Salvadoreño y varias otras asociaciones literarias extranjeras, disputáronse el honor de contarle entre sus miembros, y el señor Ramírez Peña, a quien los deberes de su elevado cargo no le impiden dedicarse a sus aficiones predilectas, correspondió a estas distinciones publicando en tres tomos una obra de suma utilidad con el título de *Pactos internacionales de El Salvador*, a la que siguió inmediatamente otra titulada *Por la Paz de Centro América*, que mereció grandes elogios de la prensa nacional y extranjera. Continuando este

género de trabajos, en la Imprenta Nacional está ahora en prensa otra obra del joven escritor salvadoreño: *Conferencias Centro-Americanas*, que es la gestión diplomática de los cinco gobiernos del Istmo, durante el corto periodo en que estuvo vigente el tratado respectivo, firmado por los delegados a las Conferencias de Paz Centroamericana en Washington. A esta obra ha agregado un apéndice que contiene todos los tratados públicos celebrados por El Salvador con las demás naciones del mundo, y algunas convenciones que no figuran en los *Pactos internacionales*, porque hasta más tarde no fueron revalidados por el Gobierno, tales como el tratado sobre propiedad literaria con España y el adicional al Tratado de Paz y Amistad con nuestra nación.

Hasta el año 1912 no dió el señor Ramírez Peña a la publicidad su primera novela, *Almas Grandes*, con tan buen éxito que en breve quedó agotada la edición, y fué objeto de los más subidos elogios de la prensa salvadoreña y de otros países, en juicios emitidos con toda imparcialidad.

CLOTO es la última producción del escritor salvadoreño; si la crítica del lector español le es tan favorable como la de su patria, el editor podrá felicitarse doblemente: por haber enriquecido su catálogo de *Grandes Novelas* con una obra inédita, respetando escrupulosamente el original, para que no pierda nada de su sabor especial, y por haber contribuido a estrechar los lazos que unen a la madre patria con sus antiguas colonias, divulgando entre nosotros las obras de los que en aquéllas alcanzan el aplauso general.

P. DE AZAR.

Barcelona.





# GORKI y el alma rusa



MUERTO Tolstoy, ningún escritor ruso aparece a los ojos de los hombres occidentales como representante fiel de lo que es el alma rusa como Máximo Gorki; sus obras, traducidas a todos los idiomas, le dieron en pocos años muy justa celebridad y suscitaron toda suerte de comentarios y estudios. Pero ahora Máximo Gorki se ha pronunciado en contra de ciertas cualidades que nos parecen características de su pueblo. El periódico *Lietopis* publicó en diciembre de 1915 un escrito suyo titulado *Dos almas*, y varios meses después una *Carta al lector*, que venía a ser como un apéndice que aclaraba conceptos y recogía algunas críticas que se le habían hecho.

La Rusia mística y soñadora que nos ha interesado siempre, llegando, en ocasiones, a alucinarnos, es la que Gorki combate. Preconiza en cambio una optimista, segura de sí, ilustrada, trabajadora, bien vestida: occidental, en una palabra.

«La Rusia que suspira por Dios—escribe—tiene su base en una insuficiencia de fe en la fuerza de la razón, en la necesidad que sienten los hombres débiles de contar con una voluntad ajena que les sirva de guía.

«El espíritu del antiguo Oriente pesa de modo más grave y mortal sobre nuestra vida rusa, y tiene en nuestra psicología una influencia incomensurablemente mayor que la de la Europa occidental... Los rusos tenemos dos almas: una, derivada del mongol errante, es la del soñador, la del místico, la del holgazán, la del que cree en lo fatal; otra, es el alma del eslavo, que prevalecería brava e inteligente, si no se lo impidiese la otra».

Dostoievski le parece un escritor dañino para Rusia, con su obsesión del sufrimiento y de la muerte. Hay que volverle la espalda—predicaba ya Gorki, cuando volvió a Roma, en 1914, poco antes de la guerra,—hay que apartarse de él y buscar resueltamente la vida. Hacia la vida quiere mover ahora la voluntad del pueblo, educándole primeramente; y no se muestra partidario de una futura alianza con Inglaterra, única potencia occidental capaz de equilibrar, con Rusia, la paz del mundo; porque en vez de esa «última libertad» cree que es necesario luchar aún por la conquista de los más elementales derechos civiles para los ciudadanos del imperio.



## EL ZAR DE RUSIA



RUSIA, aun ahora que las porteras, los académicos de la Lengua y los periodistas germanófilos saben pronunciar los nombres de los pueblos moscovitas conquistados a medias por los alemanes, sigue pareciendo un país misterioso y trágico, fastuoso y miserable. El alma podrida de Bizancio, dentro de las bizantinas vestiduras. Al otro lado de sus sacerdotes griegos de las luengas barbas blancas, al pie de los iconos bárbaramente enriquecidos de joyas y de gemas, la miseria de los mujicks arrastrándose verstas y más verstas en busca de otra tierra menos enemiga. Debajo del desenfreno de los grandes duques, que en una noche de placer con mujeres compradas gastan lo que bastaría a una aldea para vivir tres lustros, las recónditas guaridas de los pálidos y febriles

nihilistas. Las correrías al galope desbocado de sus caballos, de los cosacos que tan mal conocía el buen señor Espronceda: y como contraste, ese negro rosario de presidiarios sobre el blanco suelo de las siberianas estepas. Las estudiantas de cabelleras cortas e ideas largas (perdón, Schopenhauer!) y las viejas llorosas y débiles, roídas por la religión y por la ancestral esclavitud. Y los ex hombres de Gorki, los iluminados e ineficaces de Tolstoy, los degenerados y vesánicos de Dostoyevski, los humildes, los intimidados de Antón Tchehof. Toda una literatura angustiosa, dolorida, colérica de rebeldía y desesperación. Y sobre todo ello, el zar, el déspota, el autócrata, el inaccesible desde su altura retadora de la divinidad, abrumado por su enorme corona de otros tiempos, semioculto por



## ACTUALIDADES

su bizantino manto, tan pesado, vacío el corazón e infatigable la mano para firmar sentencias de muerte... ¡Oh! Recordamos los periódicos satíricos de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de Italia, de la esclava Polonia, incluso y aun de la misma Rusia. El zar aparecía chapoteando en sangre humana, goteantes de humana sangre sus manos. En los festines de más allá de la vida, los esqueletos coronados de los tiranos de todos los siglos esperaban para empezar su banquete la llegada del «colega ruso», a quien el pueblo mataría de un momento a otro...

Y, sin embargo, Rusia ya no es eso. El zar no responde, en la realidad, a su leyenda. En los comienzos de esta guerra se desnudaron las dos almas de Guillermo II y de Nicolás II. Releyendo sus telegramas, que la posterior barbarie había de hacer históricos, vemos los esfuerzos nobles, generosos, entristecidos, del emperador de Rusia para sostener la paz, frente al militarismo alemán, ávido de lo contrario.

Pero tampoco podía humillarse y ceder, como vióse obligado a ello cuando Austria se anexionó la Bosnia y la Herzegovina, bajo la cómplice protección de Alemania. Entonces Rusia era un reino convaleciente, desangrado por su guerra con el Japón y la revolución interior, que contribuyó al sostenimiento de la leyenda trágica. El oro francés había renovado, multiplicado su poderío militar. Llegaba el momento de luchar dos grandes razas: la eslava y la germánica, en un duelo que no habrá de terminar sin el anulación de la segunda.

Nicolás II está más cerca del pueblo que ninguno de sus antecesores. La sombra de Pedro el Grande le envuelve. Como Pedro el Grande que durante tres

meses se alimentó de pan y agua para saber por sí mismo cuál podía ser la ración necesaria a un soldado, Nicolás II recorría largas distancias en Livadia, en Yalta, con la mochila de soldado a la espalda, con el fusil de reglamento sobre el hombro, y cual el glorioso antepasado trabaja en su taller de carpintería y da a sus comidas un carácter frugal y sencillo donde no faltan la sopa de «borstch», las «aschas» y el agrio kwss, cuya receta le enseñaron los monjes de Sarow. Y, sobre todo, recuerda a Pedro el Grande en sus cuadernos de anotaciones que aguardan su despertar y que reciben sus confidencias cotidianas antes de que Nicolás II se acueste. Cuadernos en los que no es difícil hallar comentarios a lecturas enemigas de su poderío, como las de Máximo Gorki y Tolstoy y Merejkowsky, donde aprendió a amar a su pueblo y a comprender que al fin y al cabo un emperador es lo mismo que un miserable mujick.

Finalmente, hay un gran amor en su vida. No lo es, con serlo tanto, la esposa Alejandra Fedorowna. No lo son las cuatro princesitas Olga, Tatiana, Maria, y Anastasia que parecen de cuento brujo... cuando no se retratan con uniforme de coronelas de húsares, de lanceros o de cosacos, a semejanza de las otras princesas de Alemania. La pasión más envolvente del Zar es el zarevitch Alejo. También se llamaba Alejo, el zarevitch del zar Pedro. ¡Pero cuán distinto de aquel otro, que inspiró una de las más admirables novelas rusas contemporáneas. —*El anticristo*, de Merejkowsky—este niño de once años, enfermizo y débil, a cuya infancia estaba destinado el más horrible espectáculo que vieron los siglos!...

JOSÉ FRANCÉS.



### Leyenda vólaca

(De Máximo Gorki)

Adaptación al verso castellano para «ACTUALIDADES»



A la orilla del Danubio,  
en un bosque de matones,  
habitaba una hada bella,  
que era la reina del bosque.

A menudo, en las mañanas,  
con recelos y rubores,  
sumergiase en las ondas  
azules cual los miosotis.

Pero una vez, olvidando  
sus prudentes precauciones,  
cayó cautiva en las redes  
de unos buenos pescadores.

¡Cómo se asustan al verla!  
Más luego el temor deponen,  
porque entre ellos está Marko,  
fuerte, hermoso, altivo y joven.

El cual aprisionó al hada  
entre sus brazos de roble  
y cubrió su lindo cuerpo  
de besos abrasadores.

Pero el hada, como una  
flexible caña del monte,  
se retorció en los brazos  
del enamorado joven.

Y lo miraba en los ojos,  
fijamente, sin que el pobre  
pudiese ver el enigma  
que esas miradas esconden....

Todo aquel día, a su lado,  
el hada bella del bosque  
colmó a Marko de caricias  
y con su amor embriagóle....

ACTUALIDADES

**J.G. CHÁVEZ**  
PINTOR Y  
GRABADOR  
EN MADERA Y  
EN  
METALES.

**TALLER DE  
GRABADOS**  
C. P. 29.  
**SAN SALVADOR**  
AMERICA CENTRAL.

Grabados en alto relieve en toda  
clase de metales

Placas para profesionales, oficinas  
públicas, bancos, y casas  
de comercio

CHEQUES,  
ACCIONES, RETRA  
TOS Y TODA CLASE DE  
OBRA PARA ANUNCIOS.

**Grabados en relieve para estampar en panel, en madera y  
en toda clase de cueros. Grabados en oro y plata.  
Viñetas a dos y tres tintas.**





## ACTUALIDADES

Más, apenas las nocturnas  
sombras cubrieron el Orbe,  
el hada huyó, sin que Marko  
supiera cómo ni a dónde.

La tristeza heló su alma....  
Durante días y noches  
vagó cual fantasma, inquieto,  
por el bosque de matones;

Siempre suspirando, siempre  
buscando y diciendo a voces:  
«¿En dónde está el hada mía?  
¿Dónde esta que no me oye?»....

Y las ondas, sonriendo,  
le contestaban: «¿En dónde?  
¡No lo sabemos!».... Pero él,  
Desesperado, gritóles:

«¡Mentis! ¡Vosotras jugáis  
con ella!».... Y el loco echóse  
a las ondas para unirse  
al hada de sus amores....

Se baña el hada en el río  
como otros días.... Y el pobre  
Marko no existe.... Las ondas  
murmuran quedo su nombre....

Y en las chozas, todavía,  
y en el valle, y en el bosque,  
una canción perpetúa  
su recuerdo dulce y noble....

Y vosotros.... ¡ahl vosotros,  
sin ideal, sin ilusiones,  
viviréis cual los gusanos  
vuestra vida oscura y torpe.

Nadie dirá de vosotros  
una leyenda de amores,  
ni una canción armoniosa  
entonará a vuestro nombre.

SARBELIO NAVARRETE.



## VARIEDADES



### LA BORBATA DE MARK TWAIN

Mark Twain, el célebre humorista americano, era un hombre sumamente aturdido.

Ultimamente, entraba a su casa después de un pequeño paseo matinal sin corbata. Le señora Twain, que se apercibió inmediatamente de ese desorden de toilette, lo recibió en la puerta con la siguiente exclamación:

—Mi pobre Sam, es lo único que faltaba... Has ido a visitar a nuestros amigos Stowes, sin haberte tomado el trabajo de anudar una corbata al rededor del cuello. En verdad, descuidas bastante tu toilette, querido.

Twain no contestó, y entró a su gabinete.

Algunos minutos después la señora Stowes, abrió la puerta a un comisionario que le presentaba una bonita caja bien embalada.

La abrió, y encontró una corbata negra acompañada del billete siguiente:

“Apreciada Mrs. Stowes:

He aquí una corbata. Tómela usted y mírela con interés. Estimo que he per-

mancido una media hora con usted esta mañana. En consecuencia, ¿sería usted tan amable que me quiera devolver dentro de otra media hora, esta corbata que había olvidado ponerme durante mi visita de hoy? Le estaré mil veces agradecido; porque es esta sola y única corbata que posee su humilde servidor.— Mark Twain.

### LAS MATANZAS TURCAS EN ARMENIA

El delegado de la sección caucásica de la Cruz Roja, M. Balof, que había sido encargado de hacer una encuesta sobre la situación de los armenios en la región de Trebizonda, acaba de entregar su informe.

Po este documento se sabe que en 45 aldeas armenias vecinas de Trebizonda, las que contaban antes de la guerra 8,343 habitantes los rusos no han encontrado más que 367. Los restantes han sido exterminados por los turcos.

Aún en la misma Trebizonda sobre 10,000 habitantes armenios, los rusos no han podido hallar sino 92.

